

MORETO, AGUSTÍN (1618-1669)

LA FUERZA DEL NATURAL

ÍNDICE:

JORNADA PRIMERA.
JORNADA SEGUNDA.
JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

CARLOS.
JULIO.
ROBERTO.
AURORA.
CAMILA.
GILA.
EL DUQUE DE FERRARA.
ALEJANDRO, duque de Urbino.
UN MAESTRO DE DANZAR
CRIADOS.-Músicos.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Ferrara y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA

Campo delante de una quinta.

ESCENA I.

CARLOS Y JULIO, con alforjas, vestidos de villanos.

CARLOS.
Necio, ¿qué me quieres?

JULIO.
Her
de ti lo que hará mi padre:
por la leche de mi madre
que esta vez te ha de moler.

CARLOS.
Harto, necio, me molió
en darme un hermano tal.

JULIO.
Pues bestión, bruto, animal,
¿sois más sabiondo que yo?

CARLOS.
Ya a cólera me provoco;
calla, Julio, o te daré...

JULIO.
calla, Carlos, o te haré...

CARLOS.
¿Qué harás, necio?

JULIO.
¿Qué harás, loco?

ESCENA II.

GILA.-DICHOS.

GILA.
¿Qué es esto? ¿sin resistillo
siempre heis de gruñir los dos?

JULIO.
Déjame, Gila, por Dios;
que vengo hecho un cocodrillo.

GILA.
¿Qué traéis?

CARLOS.

La lema cansada
de gruñir por el camino.

JULIO.

Puerco, vos sois el cochino.

GILA.

Pues ¿qué traéis?

JULIO.

No traer nada:
los dineros, siendo ajenos,
de la leña que ha llevado,
en libros se los ha echado.

GILA

¿En libros?

JULIO

Ni más ni menos.

GILA.

Pues ¿qué libros fue a comprar?

JULIO.

Qué sé yo; uno es muy grande:
Envidia, De arte mamandi
para hartarse de mamar.

CARLOS.

¿Sabes tú lo que es?

JULIO.

Sabido
Si no hay cabra, mala cholla;
¿qué cuido ha de hacer la olla
con ese Envidia cocido?

CARLOS.

Si yo este libro antepongo
al comer, ¿has de impedirlo?

JULIO.

¿No era mejor un librito
para hacer, Gila, mondongo?

GILA
Tiene razón.

CARLOS.
¡Qué ignorante!

GILA.
¿Que esto traéis toda la vida?

CARLOS.
Para limpiar su comida,
una criba ¿no es bastante?

JULIO.
¿Qué llama criba?

CARLOS.
El exceso
de tu ignorancia te ultraja.

JULIO.
Pues digo, ¡como yo paja?
¿bestia seré, según eso?

CARLOS.
Claro es.

JULIO.
¡Bestia! Haré teatro
de venganza.

GILA.
Déjalo.

JULIO.
No hay dudar, llamómelo
como tres y dos son cuatro.
¡Bergantón!

CARLOS.
Pues no des voces,
y llega.

GILA.
Julio, detente

JULIO.
pues so bestia, al insolente
tengo de moler a coces.

ESCENA III.

ROBERTO.-DICHOS.

ROBERTO.
Carlos, Julio, hijos, ¿qué hacéis?

CARLOS.
Padre, venir del mercado.

JULIO.
Señor, ¿vos habéis llegado?
me huelgo.-Ahora lo veréis.

ROBERTO.
Pues ¿cómo os estáis aquí,
cuando anda el Duque en el monte
ilustrando este horizonte
(que guardar me toca a mí)
con Aurora, su sobrina,
recién venida a Ferrara,
a quien por su beldad rara
la llaman la Peregrina;
y como otras veces hoy
con la caza la entretiene?
Mirad que a la quinta viene;
y como su guarda soy,
prevenidos los jardines
y fuentes he de tener.
Id presto, que hoy han de ser
sus flores mil serafines.

CARLOS.
¡Cielos! Ya el alma se empeña
con nueva tan venturosa.

JULIO.
Y ¿no mos pescuda cosa
del dinero de la leña?

ROBERTO.
¿Qué traéis?

JULIO.
Carlos dirá
del sayo; que aquí está el mío.

CARLOS.
Yo de mi padre confío
que a bien mi intento tendrá.
yo, Señor, soy inclinado
tanto a saber, que he aprendido
el latín, sin que haya sido
a tu costa mi cuidado.
Para ejercitarme más
unos librillos compré,
que el uno un Ovidio fue,
De arte amandi.

JULIO.
Y ¿los demás?

CARLOS.
Unos barros que algún día
harán falta, y más a quien
sirve a damas.

ROBERTO.
Dices bien.

JULIO.
Y ¿es barro la bobería?

CARLOS.
Pues ¿no te brindan con ellos
a beber el agua en barro?

JULIO.
¿Agua yo? Antes mal catarro
os dé Dios en uno dellos.
¡El mismo demonio fragua
que mi hermano hayas de ser!

ROBERTO.
¿Por qué?

JULIO.
No puede tener
buena sangre quien bebe agua.

ROBERTO.
Pues tú, ¿qué traes?

JULIO.
¿Que eso digas?
¿Yo había de ser tan bobo?
traigo aquí vaca en adobo,
traigo ajos para las migas;
un sebo que se desliza,
que no hay en casa palabra;
un menudico de cabra,
seis varas de longaniza.

GILA.
Y ¿vienen bien ajustadas?

JULIO.
Yo sé que está bien medido,
porque yo no me he comido
della sino dos pulgadas.

ROBERTO.
(Ap. ¿Qué secreto será, cielos,
la distancia entre los dos?
Mas si se reserva a vos,
en vano son mis desvelos.
Carlos, hijo humilde mío,
es sabio, atento y cortés;
Julio, hijo del Duque, es
necio, ruin, torpe y sin brío.
Si el criarle tan secreto,
siendo fuerza, causa fuera,
en Carlos, mi hijo, pudiera
también seguirse el efeto;
mas siendo una la crianza,
la sangre tan desigual,
salir uno y otro tal,
ningún discurso lo alcanza.
Mas si en Carlos, mi hijo, ha sido
providencia su saber,
el pobre lo ha menester,
que el rico nace entendido).

Venid.

JULIO.

Haréis que me aburra
Si esto a Carlos consentís.

GILA.

Dice bien.

ROBERTO.

Pues ¿qué decís?

JULIO.

Que le peguéis una zurra.

ROBERTO.

Andad.

JULIO.

Pues venga a almorzar;
que yo os juro por san Pabro...

GILA.

¿Qué es venir?

JULIO.

Me lleve el diablo,
Gila, si lo ha de probar.

CARLOS.

Ni yo a ti te lo pidiera.

JULIO.

Pues darle tengo por eso,
a trueque de pan y queso,
los libros a la tendera.
(Vase con Gila.)

ESCENA IV.

ROBERTO, CARLOS.

ROBERTO.

Carlos, hijo, ven; ¿qué esperas?

CARLOS.

Señor (Ap., ¡Ah loca esperanza!),
Ya yo voy. (Ap. ¡Estoy sin mí!)

ROBERTO.

¿Qué tienes, Carlos; que andas
triste todos estos días?

CARLOS.

Yo, Señor, no tengo causa,
sino...

ROBERTO.

¿Qué sientes? ¿Qué tienes?
Dime tu pena, descansa.

CARLOS.

Padre mío, si no siguen
el parentesco las almas,
pues Dios las infunde al hombre
de su mano soberana,
no extrañes que en mí la mía,
con plumas imaginarias,
vuele sobre el coto, en que hizo
mi nacimiento la raya.
Yo, padre, vivo oprimido
en esta jerga villana;
basta para el traje mío,
que a mis alientos no basta.
Yo, Señor, salir quisiera
donde mi suerte robara;
que si tal vez la fortuna
a los que encuentra levanta
mas aun que a los que la buscan,
y aquel a quien ella halla,
es porque ciega y sin tino
discurre por partes varias,
dando en el que no la busca,
diligencia hizo, y no mala,
el que se supo poner
en parte que te encontrara.
Que si a salir no se arroja,
¿cómo ha de hallarle ni hallarla
el que vive en los retiros
que la fortuna no anda?
esta es, Señor, mi tristeza;

aunque en mi loca esperanza,
reservada a tu respeto,
puede tener otra causa.

ROBERTO.

(Ap. El aliento de este mozo
da que pensar a mis ansias.
si acaso... pero es locura:
causa es de mí reservada).
Pues ¿cómo, Carlos, mi amor
con esos desdenes pagas?
¿Qué pensamiento ser puede
el que a mi halago recatas?

CARLOS.

Es, Señor, una locura.

ROBERTO.

Locura en ti es muy extraña.

CARLOS.

Locura es poner el tiro
donde la fuerza no alcanza.

ROBERTO.

De tu discreción lo admiro;
pero ¿no puedes contarla?

CARLOS.

No es, Señor, para tu oído.

ROBERTO.

Yo admito la disonancia.

CARLOS.

Recelo...

ROBERTO.

Nada receles.

CARLOS.

Temo que...

ROBERTO.

No temas nada.

CARLOS.
¿Me das licencia?

ROBERTO.
Y aun ruego.

CARLOS.
Pues oye.

ROBERTO.
De buena gana.

CARLOS.
Con el descuido, Señor,
que me da mi suerte baja,
deste monte el otro día
pisaba la verde falda,
tan fuera de pensamientos,
tan ajeno de estas ansias,
como quien vive una vida
sin ver otra mas hidalga:
que la quietud de los hombres
pende de no envidiar nada;
que el que no ve mejor suerte,
ni la envidia ni la extraña.
Y ningún hombre en el mundo
feliz o infeliz se llama
si estando en cualquier fortuna,
con otra no se compara.
Discurriendo sus veredas
sentí andar gente de caza,
paré la vista, y aquí
paré el sosiego del alma.
Una fugitiva corza
siguiendo, airosa bajaba,
armada de una escopeta...
no sé si sabré pintarla:
no en competencia de Venus
pintan tan hermosa a Palas,
para merecer más digna,
blandiendo un rayo por asta;
ni a la Venus vencedora
el pastor con la manzana
dejó tan bella, añadiendo
a su hermosura esta gracia;
ni el rubio carro del sol

por el horizonte arrastra
tanto esplendor, cuando sale
rey coronado del alba,
como una mujer divina
iba venciendo bizarra,
en luz, hermosura y brío,
al sol, a Venus y a Palas.
Llegando a tenerla a tiro,
con codiciosa asechanza
terció airosamente el cuerpo;
afirmó al suelo la planta,
la escopeta al hombro arrima,
la vista en el punto cala
y a la presteza del muelle,
juntando la mano blanca,
tocó el gatillo; y cayendo
el pedernal, trocó en llama
el fogón al negro polvo,
porque dos tiros lograra:
pues cierto arrojó el cañón
por sendas tan encontradas,
tan presto el fuego a mi pecho
como a la corza la bala.
A ver el feliz despojo
de la vitoria iba ufana,
y pasando junto a mí,
me dejó suspensa el alma.
Arrebatado yo entonces
de mis amorosas ansias,
pronunciando, de turbado,
un hielo en cada palabra,
la dije: «Con más razón
pudiera volver bizarra
a verme quien se deleita
En ir a ver lo que mata».
Díjome: «¿Quién es el muerto?»
yo respondí: «¡Duda extraña!
pues ¿ignoran vuestros ojos
que a cuantos miran los matan?»
-«Sí, porque hay muchos que viven».
Y yo repliqué: «Os engañan,
que los más muertos son esos;
pues si a hermosura tan alta
rendir el alma es un feudo
que la razón misma paga,
el que mirado de vos,

no la rinde o la recata,
será porque no la tiene.
Y siendo así, muerto estaba,
pues ninguno está tan muerto
como el que vive sin alma». Bañada en alegre risa,
dijo, volviendo la cara:
«Discreto sois». Claro está,
contenida la distancia,
que sería por desprecio;
porque cuando fuera tanta
mi necedad o locura,
que tuviera confianza
de que por favor lo dijo
mi temor la imaginaba
en tal altura, respeto
de ser mi suerte tan baja,
que a mí, al venir por el viento,
desvanecido llegara.
A este tiempo caballeros
llegaron por partes varias
y de su voz infirió,
para morir, mi esperanza
que era la divina Aurora,
recién venida a Ferrara,
sobrina de nuestro duque
y heredera de su casa.
Cargando el muerto despojo,
de todos acompañada
se volvió, sin que entre tantos
alguno en mí reparara.
Yo, helado, tímido y ciego,
sin poder mover las plantas,
quedé como aquella flor
que al sol sigue, su luz ama,
yal faltarla, el cuello inclina
hacia la parte que él baja,
perdiendo olor y hermosura,
marchita, mustia y ajada.
Mas dijo entonces mi pecho:
«¡Oh quién su suerte imitara,
y en el mal y el bien con ella
tuviera una semejanza;
pues ella al volver el sol
cobrará pompa y fragancia,
y yo no sé si seré

como ella será mañana!»
De irse sin verme ni hablarme
ella y los que la acompañan,
sentí de suerte el desprecio,
que olvidado con mis ansias
de quien era, volví a mí
a ver lo que me faltaba.
Halléme pobre, abatido,
halléme humilde y sin fama,
y halléme yo, que es lo más
esencial de mi desgracia.
Dije entre mí: «La fortuna,
la riqueza, la abundancia,
la nobleza ¿es algún don
que Dios infunde en las almas?
Con todo, el hombre es lo más.
¿No se adquieren? ¿No se ganan?
Pues ¿cómo mi diligencia
no desmiente mi desgracia?
¿Sabiendo que hay más que ser,
hay quien sea menos! La fama
o el desprecio ¿no lo busca
o la pierde la ignorancia?
Las suertes no cuestan más
unas que otras; que, aunque varias,
la inclinación que las sigue
las hace buenas o malas.
Con aquel sudor que cuesta
al toscó la corva azada,
gastado en más noble empeño,
logrará mayor ganancia.
Quien por el valle camina,
con los mismos pasos que anda,
dirigidos a la altura,
pasará las cumbres altas.
La tierra fértil o estéril.
¿En sus abiertas entrañas
diferencia la cosecha?
No; la mano que la labra.
¿Trabaja mas que el villano,
siempre en la mano la azada,
quien pelea? No, pero es
más digno lo que trabaja.
Luego si la elección es
quien hace nobleza y fama
a pesar del hado, el hombre

es quien se ilustra o se ultraja.
Pues débame noble asunto,
alto empeño; que el que cava
no hace menor el trabajo,
sino menos la ganancia».
Con estos discursos, padre,
volví tan confuso a casa,
que nunca de mí esta ardiente
imaginación se aparta.
Yo debo al cielo este aliento;
no le oscurezca la baja
ocupación de mi vida;
salga a ver el mundo, salga
a lograr su ardiente impulso.,
honren mi diestra las armas,
busque mi aliento el peligro,
engólfese mi esperanza,
ennoblézcame el empeño
y coróneme la hazaña;
que el que atrevido y brioso
trepa la áspera montaña,
su difícil frente pisa,
y despeñado se acaba.

ROBERTO.

Absorto de oírte quedo.
(Ap. ¡Que este aliento, esta arrogancia,
tan noble, atenta y discreta,
de mi humilde sangre salga;
y de un príncipe en el ocio,
tan necia, tosca y villanal
algún gran secreto dudo
en suertes tan encontradas).

VOCES.

(Dentro.)

¡Abajo, abajo, a seguirla!

ROBERTO.

Mas este es el Duque; guarda
para después el discurso,
Carlos, que agora nos llama
obligación más precisa.
Sígueme, que están ya en casa. (Vase).

ESCENA V.

CARLOS; luego, AURORA

CARLOS.

Por varias partes del monte
toda su familia baja.
Mas ¡Cielos, ¡qué es lo que mire!
Aurora (¡el cielo me valga)
sola hacia esta parte viene;
ya el pecho se sobresalta.

AURORA.

(Al salir)
Alcanzarla es imposible;
que ya llego yo cansada.

CARLOS.

(Aparte).
¡Cielos hay mujer más bella!
¿Si osaré llegar a hablarla?
Locura es, mas por locura
pierde el conceto que agravia.

AURORA.

¡Ah, villano!

CARLOS.

(Aparte)
Enmudecióme.
¡Oh, pesía mi suerte ingrata!
¿Qué he de hablar, si antes de oírme
me ponen esta mordaza?

AURORA.

¿Hay por aquí alguna fuente?

CARLOS.

Señora...

AURORA.

A buscar el agua
me trae del monte el cansancio.

CARLOS.

Alguna tan cerca estaba,
que sólo para vos nace;
mas pienso que la hace mala
lo que a otras buena.

AURORA.
Y ¿qué es?

CARLOS.
Que es muy sutil y pesada.

AURORA.
Dadme agora de cualquiera.

CARLOS.
Voy por ella.

AURORA.
Pues ya tarda.

CARLOS.
(Aparte)
De los barros que compré
logro el fruto que esperaba,
pues admirará el traerle,
sin haber entrado en casa.

(Vase, y vuelve con un barro lleno de agua).

AURORA.
Este es sin duda el villano
que encontré viniendo a caza,
que aunque rústico, me dijo
razones muy cortesanias.

CARLOS.
Aquí está.

AURORA.
Pues ¿dónde hallaste
el barro?

CARLOS.
Adivina el alma
con amor; digo, que sirve
con deseo.

AURORA.
Llega, acaba.

CARLOS.
¿Yo?... (Ap. ¡Cielos, estoy turbado!)
Quien con vos sin esperanza...
(Cáesele el barro).

AURORA.
¿Qué haces?

CARLOS.
Salir de una duda.

AURORA.
¿De qué duda?

CARLOS.
Nunca hallaba,
Discurriendo de mi suerte,
cosa con que compararla;
diome el ejemplo este barro,
y de la duda me saca.

AURORA.
¿Quebrarse el barro os da ejemplo?

CARLOS.
Sí, Señora.

AURORA.
¿Por qué causa?

CARLOS.
Porque siendo un barro mío,
ya sabe el lugar que alcanza
por mío; llegó a ser digno
acaso de dicha tanta
como tocar vuestro labio,
y a lograr dicha tan alta
se que turbado; que es
lo que a mi suerte le pasa.

AURORA.
¿Qué es lo que os turbó?

CARLOS.
Mi afecto.

AURORA.
¿Afecto?

CARLOS.
Fue una batalla,
que al veras sentí en el pecho.

AURORA.
¿Batalla sentís?

CARLOS.
Y mala,
porque es poco mi poder.

AURORA.
Y eso ¿qué es?

CARLOS.
No sé nombrarla.

AURORA.
¿La sentís y la ignoráis?

CARLOS.
Es que por alguna causa
puedo decir lo que siento,
pero no cómo se llama.

AURORA.
Pues decidme, ¿qué sentís
de mirarme?

CARLOS.
Esto esperaba.
De no miraros, Señora,
siento un fuego que me abrasa;
y luego de veros, siento
un hielo que me traspasa.
El aliento se apresura;
y como a veces me falta,
con un suspiro socorro
la necesidad del alma.

La lengua se me entorpece,
pierdo el color de la cara;
que aunque no lo veo, lo siento
en la sangre que me falta.
El corazón a latidos
del centro suyo se arranca;
si da saltos por salir
delante de vos, bien anda.
Destos movimientos nace
una congoja que agrada,
una desazón qué alivia
y una fatiga que halaga;
porque, aunque al veros, Señora,
me maltratan estas ansias,
al iros siento más pena
de lo que no me maltratan.
Y es tan violenta esta lucha,
que aunque está dentro del alma,
el paso, la voz, la acción
quedan con ella turbadas.
Esto paso, y aunque es este
que os explica mi ignorancia,
el accidente que siento
yo no sé cómo se llama.

AURORA.

(Ap. Loco es de no mal capricho).
Eso, con menos palabras,
es amor.

CARLOS.

Yo no o digo;
mas si entendéis que estas ansias
son amor, siendo vos misma
quien lo juzga y quien lo alcanza
no he de ser yo tan grosero
con deidad tan soberana,
que diga que entiende mal:
vos lo decís, y eso basta.

AURORA.

(Aparte)
Recatado es para loco,
para humilde muy bien habla;
no es de este traje este estilo,
no esta osadía es villana.

ESCENA VI.

EL DUQUE, ROBERTO, CRIADOS.-DICHOS.

DUQUE.

(Al salir).

Por aquí fue, llegad todos.

Aurora, ¿cómo, dilatas

entrar a ver los jardines,

que prevenidos te aguardan,

antes que entre más el sol?

Ve, que te esperan tus damas.

AURORA.

Buscando vine una fuente

de las que esta verde falda

guarnece su cristal frío.

DUQUE.

Dentro verá a fuentes varias

que con mármoles y jaspes

la antigua idea retratan.

AURORA.

Voy, Señor, a obedecerte.

DUQUE.

Alégrate con tus damas,

que es lo que mi amor desea.

AURORA.

Y lo que agradece el alma.

CARLOS.

(Aparte).

¡Oh, loca pasión! ¿qué quieres?

AURORA.

(Aparte).

Deste villano admirada

voy, porque se infieren dél

Consecuencias muy contrarias. (Vase).

ESCENA VII.

EL DUQUE, que habla reservadamente con ROBERTO; CARLOS, retirado; CRIADOS.

DUQUE.
¿Roberto?

ROBERTO.
Señor.

DUQUE.
Escucha.
¿Cómo está Julio?

ROBERTO.
Turbada,
Señor, mi voz te responde;
porque, como tú me mandas
que no haga demostración
alguna con su crianza,
más que si fuera mi hijo,
por el secreto que guardas,
está muy rústico y torpe.

DUQUE.
Fácil se enmienda esa falta
en quien tiene sangre mía;
y ya que las suertes varias
de los sucesos del tiempo
dan a mi intento mudanza,
yendo a la corte será
más fácil el enmendarla.

ROBERTO.
¿En la corte, Señor? ¿Cómo?

DUQUE.
Yo por mi esposa Casandra,
y su condición celosa,
teniendo hijo que heredera
mis estados, procuré
tal secreto a su crianza.
Mas ya que la suerte esquiva
dispuso ¡ah pena tirana!
que de un indomable bruto,
que su condición bizarra

rendir quiso despeñado,
diese lástima a Ferrara,
llanto a mis ojos impío
y eterno luto a mis canas;
y ya que perdió mi esposa,
a pena tan desusada,
con tanto dolor la vida
que logra en quietud más alta;
cesando el inconveniente,
y viendo heredar mi casa
Aurora, cuya hermosura
tanto príncipe idolatra,
por excusar competencias,
que a veces en mal acaban,
declarando a mi hijo Julio,
con él deseo casarla.
Con este intento he venido
ala quinta esta mañana;
para que le lleven traigo
la prevención necesaria;
orden tienen mis criados,
y vendrán a ejecutarla
en yéndome yo. En la corte
se enmendara su ignorancia.

CARLOS.

¿Qué hablará el Duque a mi padre?

ROBERTO.

Señor, quien serviros trata,
Sólo obedecer le toca.

DUQUE.

¿Dónde está Julio?

ROBERTO.

Aquí anda.

DUQUE.

Llamadle.

ROBERTO.

Carlos, aprisa,
Llama a Julio.

CARLOS.

Él te escuchaba.

ESCENA VIII.

JULIO, GILA.-DICHOS.

JULIO.
Desto he de perder el seso.

ROBERTO.
¿Julio?

JULIO.
Sí, pero sin siega.

ROBERTO.
Que el Duque te llama; llega.

JULIO.
Pues ¿qué se me da a mí deso?

DUQUE.
¿Qué dices?

JULIO.
Vuestra presencia
no es cosa.

DUQUE.
Pues ¿qué has tenido?

JULIO.
Estoy yo muy ofendido.

DUQUE.
¿De quién?

JULIO.
De vuesa insolencia.
Traéis gentes importunas,
que nunca comen, por Dios;
ni os entiendo, pues de vos
siempre me quedo en ayunas.

DUQUE.

Pues ¿te falta que comer?

ROBERTO.

No le ha faltado jamás

JULIO.

Sí, que aunque haya, falta más;
que siempre más puede haber.

ROBERTO.

(Aparte)

¡Qué necio!

JULIO.

Venga acá, diga:

¿Qué ha de haber, siendo bambolla,
para seis con una olla
que es menor que una barriga?

DUQUE. (Ap.)

Que esto hace el trato imagino.

JULIO.

Cuando no hay bien que almorzar,
me voy a descalabrar
al muchacho del vecino;
y porque no se desangre
me llama...

DUQUE.

¿A qué?

JULIO.

A concluillas,
que él hace lindas morcillas,
y yo sé tomar la sangre.

DUQUE. (Ap.)

A un yerro me precipito
si es tan tosco; mas allá
la corte le labrará.

JULIO.

Rabio por estar ahíto.

DUQUE.

¡Ahíto! en gran riesgo topas.

JULIO.

Sólo por tomar jarabe.

DUQUE.

¿Jarabe?

JULIO.

Con pan me sabe
que rabia, y más si hago sopas.

DUQUE.

(Ap. a Roberto).

Roberto, en yéndome yo
decidle vos con agradó
que es mi hijo; que el estado
siempre a los hombres mudó,
y en él la sangre obrará,
que agora el trato oscurece.
Disponed lo que se ofrece,
pues ya mi gente vendrá.

ROBERTO.

Cómo te obedezco sabes,
con mi rendida lealtad.

DUQUE.

Esto luego ejecutad.
(Vase con Roberto y los criados).

ESCENA IX.

CARLOS, JULIO, GILA.

JULIO.

Señor, ahí quedan las llaves.

GILA.

¡Cómo al Duque, que mos rige,
Hablaste tan hecho un lobo?

JULIO.

¿Pensabas que era yo bobo?
Pues toma lo que le dije.

GILA.
¿Qué dijiste, si la gente
se admira de ver tu modo?

JULIO.
¿No se han de admirar, si todo
se me ofrece de repente?

CARLOS.
Muy bien se vio en el conceto.

JULIO.
¿Pensáis que no me remonto?
Yo también por este tonto
me he holgado de andar discreto.

GILA.
No, sino mal has andado.

JULIO.
¿Cuándo?

GILA.
Hoy, en lo que yo te escucho.

JULIO.
Es verdad; no he andado mucho,
que en la burra fui al mercado.

CARLOS.
(Aparte)
Ya enmienda su necedad

GILA.
de tu simpleza me espanto.

JULIO.
No me alabes, Gila, tanto;
que no quiero vanidad.

CARLOS.
(Aparte)
Mi padre con alegría
vuelve ya; ¿cómo pudiera
ver yo a Aurora, porque fuera

para mí entero este día?

ESCENA X.

ROBERTO.-DICHOS.

ROBERTO.
Hijos.

CARLOS.
Señor.

JULIO.
¿Qué previene?

ROBERTO.
De uno de los dos acá
llegó la fortuna ya.

JULIO.
¿Ya llegó? Y ¿de dónde viene?

ROBERTO.
Uno de vosotros no
es mi hijo, aunque lo pasa
como hijo mío en mi casa.

JULIO.
Más ¿Cuánto va que soy yo?

GILA.
¿Por qué?

JULIO.
A pensarlo me atrevo
porque hoy la leña vendí
a un sacristán, que era a mí
parecido como un huevo.

CARLOS.
(Aparte).
¡Cielos, qué gran confusión!

ROBERTO.
(A Julio).

Más alto padre le espera.

JULIO.

No hay que dudar, pues él era,
que es más alto que un capón.

CARLOS.

Padre, aunque mi suerte fuera
la mejor y la más clara,
de tenerla me pesara,
si a voz por padre os perdiera.

ROBERTO.

A Julio el favor le dan
los hados o quien los rige.

JULIO.

Dicho y hecho; que lo dije
Dende que vi al sacristán.

GILA.

Gran dicha es que se publique
que un sacristán te engendró.

JULIO.

Siempre fui inclinado yo
A cantar un parce mique.

ROBERTO.

Julio, tu suerte es más clara
y ya a vuestros pies rendido,
la mano, Señor, os pido,
pues del duque de Ferrara
sois vos hijo.

JULIO.

Mas, par Dios,
¿Del Duque?

ROBERTO.

Sí.

JULIO.

Son quimeras.

ROBERTO.

Señor...

JULIO.
¿Diceslo de veras?

ROBERTO.
Su hijo, Señor, sois vos.

JULIO.
No burlemos.

ROBERTO.
Si os señala
el cielo tanto favor,
¿Por qué lo dudáis, Señor?

JULIO.
Anda muy en hora mala,
viejecillo marrullero:
Sabiedo, avaro y prolijo,
que yo del Duque era hijo,
¿Me tasabais el puchero?

ROBERTO.
Perdonad, pues os mejora
la suerte la que dejáis,
tanto, que de ella pasáis
a ser esposo de Aurora.

CARLOS.
(Aparte)
¡Qué he escuchado, cielo santo!
Sobre mí un monte cayó.

JULIO.
¿Esposo de Aurora yo?
No quiero madrugar tanto.

ROBERTO.
Aurora al sol desafía.

JULIO.
Pues yo en paz le mataré,
porque quiero hartarme de
levantarme a mediodía.
Cielos, ¡atónito estoy!

CARLOS.
(Aparte)
Yo muero, ¡ay hado tirano!

ROBERTO.
(A Carlos).
Llega a pedirle la mano.
¿Qué esperas, Carlos?

CARLOS.
Ya voy.

JULIO.
Nadie me trabuque.
¿Culpabais mi necesidad?
¿Tendréis vos habilidad
para ser hijo de un duque?

GILA.
Y yo, Señor, ¿qué he de hacer?

JULIO.
Yo os daré un dote comprido.

GILA.
Pues ya yo tengo marido.

JULIO.
Eso quería yo saber.
¡Ah infiel! ¿Los celos me afilas?

GILA.
Ya sois señor: los amores
cesaron.

JULIO.
Pues los señores
¿No podemos comer Gilas?

UNA VOZ.
(Dentro).
Para, para.

ROBERTO.
Ya esto es cierto,

Señor; ya vienen por vos.

JULIO.

De veras va, juro a Dios.

ESCENA XI.

CRIADOS.-DICHOS.

UN CRIADO.

Entremos todos. -Roberto,
¿Cuál es Julio, mi señor?

ROBERTO.

El que miras es; ¿qué esperas?

JULIO.

Juro a Dios que va de veras.

CRIADO.

Para lograr más honor,
que me deis los pies os ruego.

CARLOS.

¡Cielos, ¡qué miro!

GILA.

¡San Pabro!

JULIO.

Que le dé los pies? Un diablo.
Pues ¿con qué he de andar yo luego?

CRIADO.

Señor, con orden precisa
vengo a llevaros, y os pido
que os vais a mudar vestido.

JULIO.

¿Vestido?

CRIADO.

Sí.

JULIO.

Y ¿la camisa?

CRIADO.

También.

JULIO.

Pues ¿adónde está?

CRIADO.

Yo os traigo cuatro.

JULIO.

¡Qué escucho!

Y ¿tienen oro?

CRIADO.

Eso mucho.

JULIO.

Y quemado ¿qué valdrá
si se lo vendo a un gabacho?

CRIADO.

Pues el Duque os las envía,
mucho valdrán.

JULIO.

¡A fe mía!

Digo, ¿el Duque está borracho?

CRIADO.

Lo que preguntáis no entiendo.

JULIO.

¿Suele estarlo?

CRIADO.

Es desatino.

JULIO.

¿No habrá por allá buen vino?

Par Dios que lo voy creyendo.

En efecto él es mi padre;

y yo dél ¿qué vengo a ser?

CRIADO.

Por hijo os da a conocer.

JULIO.

Y ¿eso es por parte de madre?

CRIADO.

Mirad que el Duque ha mandado
que vais a comer.

JULIO.

¡San Bruno!

CRIADO.

Vestíos pues.

JULIO.

Ponedme alguno
que esté de tripas holgado.

CRIADO.

Venid pues, que es tarde ya.

JULIO.

Carlos me ha de ir a servir;
dénle también de vestir.

CRIADO.

Como lo mandáis se hará.

JULIO.

Gila ha de ir como una fror.

CRIADO.

Las damas de vuestra esposa
os la pondrán muy hermosa.

JULIO.

Pues ¿qué le falta, Señor?

CRIADO.

Vamos.

JULIO.

¿Qué, duque soy yo?

CRIADO.

Como a tal, Señor, os hablo.

JULIO.

Si no es verdad, lleve el diablo
el alma que me engendró. (Vase).

GILA.

Saltando voy de contento
a ponerme como un mayo. (Vase).

ROBERTO.

Carlos, ven.

CARLOS.

Ábrase un rayo
mi vida y mi pensamiento.
Agora es más mi desprecio.

ROBERTO.

Ven; que a ti te basta brío.

CARLOS.

¿Qué es esto, padre?

ROBERTO.

Hijo mío,
esta es la dicha del necio.
(Vanse).

Salón del palacio.

ESCENA XII.

ALEJANDRO, CAMILA.

CAMILA.

No es hija esa esperanza,
Alejandro, de tal desconfianza.

ALEJANDRO.

Ya sé, Camila hermosa,
que en competencia, para mí no hay cosa
injusta; que aunque ahora
se ve de tantos príncipes Aurora
por su estado pedida,

no está de alguno como yo asistida.
Y ninguno en amor, grandeza o gala,
en mérito me excede, si me iguala;
que al estado de Urbino
ningunos ventajosos imagino;
y caso que le hubiera,
el mérito cediera
de la asistencia mía
en amor, en festejo, en bazarria.
Yo en Parma la asistí, sin que pensara
heredar a Ferrara,
y siguiendo el impulso de mi estrella,
acá vine con ella.
Pues ¿cómo el Duque ahora
a otro príncipe intenta dar a Aurora,
viendo que mi esperanza
este desprecio trocará en venganza?

CAMILA.

Alejandro, esa queja
mucho a su intento y su razón se aleja,
no siendo ningún príncipe admitido,
que en vuestra competencia la ha pedido.
Y siendo tan bizarro vuestro aliento,
no le ultraje ese intento;
que damas hay iguales a mi prima,
cuya belleza estima
vuestro valor.

ALEJANDRO.

Pues ¿quién lograr pretende
su mano?

CAMILA.

(Aparte)

Mal me entiende.
No espero que conozca mi deseo;
que aunque en llamas le veo,
tener no puede amor de fuego el trato
cubierto de la nube del recato.

ALEJANDRO.

¿No me diréis quién vence su albedrío?

CAMILA.

No; que mi prima viene con mi tío,

y della lo sabréis.

ALEJANDRO.

Morir espero.

CAMILA.

(Aparte)

Yo por avisos de un silencio muero

ESCENA XIII.

EL DUQUE, AURORA, DAMAS.-DICHOS

DUQUE.

(Ap. a Aurora).

El estar tan grosero y poco airoso
mi hijo, Aurora, que ha de ser tu esposo,
Me obligó a que el secreto le encubriera,
Para que tu hermosura no te viera
hasta mudar el rústico vestido.

AURORA.

Pues, Señor, tu cuidado en vano ha sido
porque si en esa quinta se ha criado,
por hijo de la guarda disfrazado,
ya yo le he visto, y daba su nobleza
a entender por la rústica corteza
del sayal; que un estilo tan discreto
no pudo de otra causa ser efeto.

DUQUE.

Aurora, la esperanza me has cobrado,
porque yo estaba dél desconfiado
de que igualara el trato a su nobleza,
como criado, en fin, en tal pobreza.

AURORA.

(Aparte).

¡Cielos, la admiración de aquel villano,
tan cortés, tan atento, no fue en vano!
El talle, aunque ultrajado, lo decía,
por la acción, por la voz y la osadía.
Y al alma con el tiro que había hecho,
abierto el corazón, le rendí el pecho.
Pues el que me admiró en tosco diseño,

¿Qué hará vestido en traje de mi dueño?

DUQUE.

Dad, Alejandro, el parabién a Aurora
De estar casada ya.

ALEJANDRO.

Si el alma ignora
Con quién, ¿cómo podré?

DUQUE.

Con hijo mío.

ALEJANDRO.

¿Con hijo vuestro? (Ap. Amor, ya desconfío).
Pues ¿vos hijo tenéis?

DUQUE.

Veréisle ahora.

ALEJANDRO.

(Ap. Murió ya mi esperanza). Pues, Señora,
Logréis un siglo dicha tan crecida,
(Ap. A costa de las ansias de mi vida).

CAMILA.

Prima, de los favores de mi tío,
cualquiera vuestro, tengo yo por mío
pues tocáis, como os dije, el desengaño,
(Ap. a Alejandro).
Ultrajar vuestro mérito es más daño,
teniendo empresas con igual vitoria.

ALEJANDRO.

Esa dará la muerte a mi memoria.

DUQUE.

Ya tarda Julio.

ALEJANDRO.

Y ya mi fe obediente
le espera, no más digno, más decente.

UNA VOZ.

(Dentro).

Plaza, plaza.

ESCENA XIV.

JULIO Y CARLOS, vestidos de galanes; ROBERTO, CRIADOS.-DICHOS.

JULIO.
(Dentro).
¡Ay de mí!

DUQUE.
Que él es se infiere.

ROBERTO.
(Dentro).
¿Qué hacéis, Señor?
(Salen).

JULIO.
El diablo que le espere.

ROBERTO.
Que ultrajáis vuestro decoro.

CARLOS.
¿De qué huyes?

JULIO.
¡Linda traza!
Pues si dicen: «Plaza, plaza»
¿Quiere que me coja el toro?

ROBERTO.
Llegáos, Señor, a poner
a los pies de vuestro padre.

JULIO.
Ya allá me dijo mi madre
todo lo que había de hacer.
Mas los vuelcos de los coches
me traen algo bazucado.

CARLOS.
Llega grave y con agrado.

JULIO.

Dios os dé muy buenas noches.

CARLOS.

Señor, ¿qué has dicho? ¿Estás ciego?

JULIO.

Pues ¿ha sido bobería?

CARLOS.

¿Noches das siendo de día?

JULIO.

Pues guárdenlas para luego.

CARLOS.

Pide la mano al instante.

JULIO.

Dice que os pida la mano;
mas yo soy tan cortesano,
que no os pido más del guante,
que no os hará tanta falta.

DUQUE.

Seas, hijo, bien venido.

AURORA.

(Aparte)

¿Qué es esto, amor? Yo he caído
desde la cumbre más alta.

DUQUE.

¿Cómo vienes?

JULIO.

Eso, echado
como un obispo be venido.

DUQUE.

¿Vienes bueno?

JULIO.

Algo molido;
Mas yo os lo diré sentado. (Siéntase).

DUQUE.

No te haga, Aurora, extrañeza;
que es sencillez conocida
La suya.

AURORA.

(Ap. En toda mi vida
No vi tan torpe fiereza).
Yo quiero sentarme y todo.

DUQUE.

Siéntate, pues se sentó.

JULIO.

No anden en eso; que yo
estoy bien de cualquier modo.

AURORA.

(Aparte)

La suerte se me ha trocado:
que no es el que yo entendí.

CARLOS.

(Aparte)

¡Ay, Aurora, y ay de mí,
que nací tan desdichado!

ALEJANDRO.

(Aparte)

Si este es su esposo, no siento
el desdén, con la venganza.

CARLOS.

(Aparte)

Con esto, de mi esperanza
más cerca está el pensamiento.

DUQUE.

¿No hablas a Aurora de ti?

JULIO.

No traigo que hablar con ella;
mas lo que he de respondella,
escrito lo traigo aquí.
(Saca un papel).

DUQUE.

Pues háblale tú.

AURORA.

Si haré.

De veros alegre estoy.

DUQUE.

¿No respondes?

JULIO.

A eso voy,
espérese y lo veré.

CARLOS.

(Aparte)

¡Que el cielo, de entre los dos,
a un necio tal suerte diera!

JULIO.

Aquí dice a la primera:
«perdonad, prima, por Dios».

AURORA.

¿Pido yo limosna? El juicio
le falta.

JULIO.

Segunda: a eso
dice «que la mano os beso,
y vengo a vuestro servicio».
No vengo tal, arre allá,
un puerco es quien lo escribió.
¿A vuestro servicio yo?

AURORA.

Para servirme dirá.
Mas la obligación que veis,
siempre a serviros me obliga.

JULIO.

Tercera: a eso diz que diga:
«Vos, prima, lo merecéis».

DUQUE. (Ap.)

Corrido estoy del efeto
que en él causa lo que ignora.

Yo no entiendo cómo a Aurora
le ha parecido discreto.

JULIO.
Esto es saber responder.

DUQUE.
Déjame el papel a mí.

JULIO.
No, que también viene aquí
para después de comer.

DUQUE.
¿Tanto incluye?

JULIO.
Es muy profundo.
Con el papelillo puede
andarse uno, si sucede,
viendo primas por el mundo.

AURORA.
(Aparte)
Aun el intento me agravia
del Duque, y con él me irrito.

DUQUE.
Pues ¿quién el papel te ha escrito?

JULIO.
Carlos, que sabe que rabia.

DUQUE.
¿Dónde está?

CARLOS.
A tus pies, Señor,
humilde viene y rendido.
Quien dichoso ha merecido
de ser tu esclavo el favor.

DUQUE.
¿No sois hijo de Roberto?

CARLOS.

Sí, Señor.

DUQUE. (Ap.)

Su discreción
admira; esta oposición
el corazón me ha cubierto.

AURORA.

(Aparte)

¡Cielos, este era el que yo
por mi dueño presumí!
Lo que escuché y yo que vi
mi corazón engañó.
Su talle, su entendimiento
prometió lo que esperaba;
ya el alma lugar le daba
y ya despedirle siento.
Mas si de amor es cautela,
muera en mi silencio ahora.

CARLOS.

(Aparte)

¡Ay loco amor, que en Aurora
se enciende a un tiempo y se hiela!

JULIO.

Tomara yo algo fiambre
que almorzar; que los tapices
comen tarde acá.

DUQUE.

¿Qué dices?

JULIO.

Comamos; que rabio de hambre.

AURORA.

Si esa flaqueza sentís,
haré que os traigan ahora
chocolate.

JULIO.

¿Qué, Señora?

AURORA.

Chocolate, ¿no lo oís?

JULIO.
¿Cordellate? ¡Uso importuno!
También allá lo gastamos,
mas para calzas lo usamos,
que no para desayuno.

AURORA.
¿Para calzas?

JULIO.
Y no es nuevo.
Con mas llaneza me trate;
en lugar de cordellate,
Dénme unas migas de sebo.

DUQUE.
(Ap. Su crianza desatenta
a esta inclinación te anima).
¿Qué me dices de tu prima?

JULIO.
Que sin duda es mi parienta.

DUQUE.
Que tu parecer me digas,
pregunto, para sabello.

JULIO.
Mi parecer es muy bello:
Me han hecho ya dos mil bigas.
Mire que el pecho se ahíla.

DUQUE.
A comer irás después;
¿No es tu prima hermosa?

JULIO.
Sí es;
Mas no ti que ver con Gila.

DUQUE.
¿Quién es Gila?

JULIO.
Mi vasalla.

ROBERTO.

Con él vino lo primero.

JULIO.

Se enamoró del barbero,
que he estado para matalla.
(Ap. Aquí mi amor se destapa).

AURORA.

Veré a quien me comparó,
Si es más hermosa que yo.

JULIO.

¿Qué? Lo que va de mí al Papa.

DUQUE.

(Ap. ¡Corrido estoy!) Sin tardar
llamen luego los maestros
más acertados, más diestros
que le puedan enseñar;
que la doctrina y el trato
su ignorancia vencerán.

AURORA.

(Aparte)

Sí, pero a mí no podrán,
aunque atropelle el recato.

DUQUE.

Hágase sin dilación.
Llévadle a su cuarto ahora.

JULIO.

¿Un cuarto no más, Señora?
Dénme siquiera un dobrón.

DUQUE.

Ea, venid.

JULIO.

Vamos de esta
a comer.

DUQUE.

Ven a tu cuarto.

JULIO.

Voy a poner, si me harto,
la panza como una cesta.
Roberto, a mi madre escriba
lo bien que a mi prima he hablado.

DUQUE.

¿A qué madre es el recado?

JULIO.

A mi madre putativa.

CAMILA.

(Ap. a Alejandro).
Pues ya vais desengañado.
Tratad, Duque, de otro empeño.

ALEJANDRO.

¿Qué importa, si con el dueño
va ofendida y yo vengado?

(Vanse el Duque, Alejandro, Camila, Roberto, Julio y los criados).

ESCENA XV.

CARLOS, AURORA.

CARLOS.

(Aparte)
Un punto apartar no puedo
de Aurora la vista. ¡Ay Dios!

AURORA.

¿No seguís al duque vos?

CARLOS.

Aunque le siga, me quedo.

AURORA.

¿Dónde os quedáis?

CARLOS.

Donde ignoro
Cómo seré recibido.

AURORA.

(Ap. Tan bien, que ya lo he sentido
como ofensa mi decoro).

¿Con Julio os habéis criado?

CARLOS.

Sí, Señora, aunque los cielos,
para llorar mis desvelos,
me hicieron más desdichado.

AURORA.

Y ¿hacéis de su dicha aprecio?

CARLOS.

Pues ¿no, si vuestro se ve?

AURORA.

Pues no la envidiéis.

CARLOS.

¿Por qué?

AURORA.

Porque es la dicha del necio.

CARLOS.

Esa la mayor se muestra.

AURORA.

No, si a buena luz se mira.

CARLOS.

Pues ¿quién della no se admira?

AURORA.

Mas, aunque corta, es la vuestra,
y a dél se ha parecido

CARLOS.

¿En qué parecida es?

AURORA.

Lo que él gana en ser quien es,
por ser quien es lo ha perdido.

CARLOS.

Pues en la mía, ¿qué veis
que se parezcan las dos?

AURORA.

Por quien sois ganasteis vos,
y por quien sois lo perdéis. (Vase).

CARLOS.

Pues, cielos, oculta en mí
mi suerte es fuerza que esté;
que por ser quien soy gané,
y por ser quien soy perdí. (Vase).

JORNADA SEGUNDA

Jardín del palacio.

ESCENA I.

AURORA, CAMILA

AURORA.

¡Qué poco duerme un cuidado!
Mal una pena sosiega.
¡Ay, Camila! una desdicha
groseramente despierta
el alma para que pene;
y aun aquella breve tregua
del sueño no le permite,
y la llama porque sienta.

CAMILA.

(Ap. Ya entiendo yo sus pesares,
y me está mal que aborrezca
a Julio por su intratable
ingenio y por su fiereza,
porque así dilatará
las hondas, y será fuerza
que de Alejandro el amor
vuelva a vivir en mi ofensa).
¿Qué tienes? Que aunque la causa

penetro de tu tristeza,
no es tanta, que con el tiempo
no pueda tener enmienda.

AURORA.

¿Qué preguntas, si conoces
que ha permitido mi estrella,
que el Duque intente casarme
con un hombre que en rudeza
excede al bruto más fiero,
sin ninguna humana seña?

CAMILA.

(Ap. Aqueste aborrecimiento
le está mal a mi fineza
y al estado de mi amor,
Y disuadilla quisiera).
Cierto, Aurora, que adelantas,
y perdona esta licencia.
El pesar del nuevo esposo,
y injustamente te quejas;
que un hombre que está criado
en tan oculta aspereza,
¡Qué mucho que ignore ahora
la cortesanía atenta?
Un ciego que nunca vio,
si a improvisa luz despierta,
en la misma claridad
nueva ceguedad encuentra.
Deja tú que a la doctrina
y a la enseñanza discreta
se deshaga lentamente
aquella ruda corteza,
y verás cómo descubre
entre generosas muestras
la gallardía del alma,
que hoy vive en él tan suspensa.

AURORA.

¿Eso dices, cuando en él
ves tan incapaces señas,
que a las fieras mas incultas
ha excedido su rudeza?
¿Carlos con él igualmente
en aquella pobre aldea
no se crió, y su discurso

y sus agradables prendas
de grosero le desmienten,
y cortesano le aprueban;
y esto con una enseñanza,
con una doctrina mesma?
Y debió de ser sin duda
que, errada naturaleza,
equivocó las dos almas;
y así, con tal diferencia
a Carlos le dio la noble,
cuando a Julio la grosera.

CAMILA.

Disculpada estás en que
Carlos muy bien te parezca
(Ap. Porque no elija a Alejandro,
a cualquier amor la alienta
mi cuidado); porque Carlos,
aunque en tan ruda bajeza,
merece que tú...

AURORA.

¿Qué dices?

CAMILA.

Lo que yo digo se queda
en sólo conocimiento.

AURORA.

Yo, aunque conozco sus prendas,
una cosa es estimarlas
y otra cosa conocerlas.
(Ap. Miento, que siento en el alma
no sé qué oculta violencia,
que si digo que es amor,
me lo escucho con vergüenza.
Pero nunca el pundonor
tendrá de mí justa queja,
si aquesta pasión del alma
se calla con padecerla;
y fío tan puntual
este secreto a mi estrella,
porque si Carlos...) Mas él
viene con Julio; mis quejas,
si en el uno se aumentaren,
en el otro se diviertan.

Al jardín sale a vestirse;
aquí pretendo que veas,
retirada, la razón
que tengo para mi pena.
(Retíranse).

ESCENA II.

CARLOS, JULIO; UN CRIADO con la capa y la espada, y OTRO con los guantes en una salvilla- DICHOS.

JULIO.
Quitáos allá, picarón.

CRIADO 1.º
La capa, y vestido estás.

JULIO.
¿Pensáis vos vestirme más
de lo que fuere razón?

CRIADO 1.º
La espada, Señor, tomad.

JULIO.
Mal con ella me acomodo.

CRIADO 2.º
(Le da los guantes).
Ya estás vestido del todo.
(Vanse los criados).

JULIO.
Yo pido suerte y verdad.

CARLOS.
Muda de estilo y de modos.
¿No ves que Aurora te ve?
Háblala cortés.

JULIO.
Si haré,
Aurora, acá estamos todos.

AURORA.

(Ap. ¡Que a esta mi estrella me rinda!)
Ya he visto que estás aquí.

JULIO.

En toda mi vida vi,
Aurora, cosa más linda.

AURORA.

Fuerza será agradecer
lo que vuestra fe me alaba.

JULIO.

No habro yo con vos; que habraba
de un pernil que comí ayer.

CAMILA.

(Aparte)
Creciendo en mi daño va
Su ignorancia y grosería.

AURORA.

(Ap. a Camila).
¿Parécete, prima mía,
que aquello se enmendará?

CAMILA.

No sé lo que me parece.
Tienes, Aurora, razón.

CARLOS.

(Aparte)
Para hablar en mi pasión
buena ocasión se me ofrece.

CAMILA.

(Ap. Agora solo apelar
a la inclinación de Carlos
puedo yo; quiero dejarlos,
para que ella pueda hablar).
Si tuvieres que mandarme,
llámame; que desa fuente
me divierte la corriente.
(Ap. Pero no querrás llamarme.)
(Vase).

ESCENA III.

AURORA, CARLOS, JULIO.

CARLOS.

(Ap. a Julio).

Dila, Julio, por cumplir
algo, que obligado estás.

JULIO.

Sóplame tú por detrás
lo que tengo de decir.

CARLOS.

Dila: «Señora, estas frores...

JULIO.

Dila: Señora, estas frores...

CARLOS.

«Dicen con mucha armonía...»

JULIO.

Dicen con mucha albornía...

CARLOS.

«Que esta verde monarquía...»

JULIO.

Que esta verde mona cría...

CARLOS.

«Os debe muchos primores».

JULIO.

Os debe muchos priores.

CARLOS.

Todo a perder lo has echado.

JULIO.

Todo a perder lo has echado.

CARLOS.

Calla ahora.

JULIO.

Calla ahora.

CARLOS.

Válgale a Julio, Señora,
las disculpas de turbado;
que él traía prevenido
qué decir, y se turbó.
Y si él gusta, diré yo
lo que él decir ha querido;
que antes de veros, sin duda,
lo traía imaginado.

JULIO.

Decid vos; que esté inturbiado,
y la lengua, no me ayuda.

CARLOS.

Dice que en nuevos verdores
arde este hermoso pensil,
y que al ver tantos primores,
tiene quejoso al abril
la deslealtad de las flores.
Jamás vio tan dulce y bella
primavera este jardín,
que adonde la estampa sella
vuestro pie nace un jazmín,
pero se pierde la huella.
Las otras antiguas rosas
se retiran vergonzosas,
y las vuestras al cogellas;
el modo de conocellas,
es buscar las más hermosas.
El clavel a ver salió
la nueva luz que comienza,
pero corrido volvió,
y vuestra boca te dio
de ventaja la vergüenza.
Los enamorados vientos,
a vuestra hermosura atentos,
quieren su curso parar;
la aurora os llega a robar
los descuidados alientos.
Al nuevo sol que amanece
le alegra esta verde esfera,
y mucha crueldad parece

que adonde todo florece,
solo una alma amante muera.
Solo yo vivo infelice,
porque mi ser contradice,
a una fe tan empeñada.

AURORA.
¿Qué es lo que decís?

CARLOS.
Ya nada;
Julio, Señora, lo dice.

JULIO.
Yo lo digo, ¿qué tenemos?
Yo como el Ave María
Estodiado lo traía.

AURORA.
(Aparte)
¡Hay tan contrarios extremos!
¡Que sienta que esto es amor,
y que esta necia fatiga
cobarde se contradiga
a vista del pundonor!
¡Que así un alma se atropella;
y que se pueda creer
que es delito responder,
siendo tercera una estrella!

CARLOS.
Haz que responda discreta.

JULIO.
Muy poca merced me hacéis;
¿Por qué no me respondéis?
¿No es hoy día de estafeta?

AURORA.
Dices bien, y quiero yo
tantos extremos pagarlos:
lléveos la respuesta Carlos,
pues Carlos por vos habló.

CARLOS.
(Aparte)

¡Ah necio, ignorante amor,
que me estás dando a entender
que escuchar y responder
es mas distinto favor!

AURORA.

Digo que estimo en extremo
las lisonjas que me hacéis,
que mucho a mi fe debéis,
que vuestra verdad estimo,
que sois cortés y discreto;
y no sé si agradecida...
(Ap. Detente, lengua atrevida,
que atropellas mi respeto).

CARLOS.

Decid.

AURORA.

Y a no ser los dos
tan opuestos, me obligáis
de suerte...

CARLOS.

¿Con quién habláis?

AURORA.

Con Julio. ¿He de hablar con vos?

JULIO.

Craro está, Dios me es testigo,
que sos tonto con efeto:
si dice que so discreto,
craro está que habrá conmigo.

CARLOS.

Y en fin ¿decís...

DUQUE.

(Dentro).

Al jardín

todos los maestros vengan.

CARLOS.

Que Julio...

AURORA.
Que el Duque viene
Os doy sólo por respuesta;
y después...

CARLOS.
¿Tendréis piedad...

AURORA.
(Aparte)
¿Cómo me despeño ciega?

CARLOS.
¿De mi amor?

AURORA.
Lo que yo haré
(Ap. El alma se cobre atenta),
será castigar en vos
una osadía tan necia,
y que otra vez no os encargue
Julio el decirme ternezas.(Vase).

JULIO.
Cuanto él dijo lo tenía
yo en el pico de la lengua.

ESCENA IV.

EL DUQUE, ALE10DRO, UN CRIADO con dos espadas de esgrimir, OTRO con un instrumento, EL MAESTRO DE DANZAR.-CARLOS, JULIO.

DUQUE.
Aquí está Julio; desde hoy
a la enseñanza le deba
su edad mal aprovechada
nueva vida y alma nueva.
Julio, el cariño de padre
cuidadoso me desvela
en que la doctina enmiende
cuanto en vos su falta yerra.
Todas las habilidades
que con gala y con destreza
los hombres de vuestra sangre
es justa razón que aprendan.

Desde hoy habéis de estudiar;
y mi mucho amor os deba
que con gusto y con cariño
os apliquéis a aprenderlas.
De los mejores maestros
tendréis advertida escuela,
porque el término se abrevie
a vuestra enseñanza atenta.
Y porque no os embarace
mi respeto y mi presencia,
me iré; que buenos testigos
en Carlos y el Duque os quedan,
que piadosos suplirán
faltas de vuestra experiencia.
(Se retira y observa oculto).

JULIO.

Todo lo haré lindamente;
que, a Dios gracias, tengo buena
maña para cuanto quiero,
y soy muy firme de piernas.

DUQUE.

(Ap. donde está oculto).
Aquí apartado veré
si acaso a enmendarse empieza.

JULIO.

Llegue el maestro de danzar.

MAESTRO.

Aquí estoy a tu obediencia;
Poneos enfrente de mí.

JULIO.

Ahora veréis mi asilenciar.

ESCENA V.

AURORA, que al entrar se detiene y queda retirada.-DICHOS.

AURORA.

(Aparte)

Yo haré que el Duque eche a Carlos
de Palacio, porque venza

mi respeto a mi cuidado.
Pero él está aquí, y se temple,
en viéndole, mi rigor,
y me obliga a que le atienda.

JULIO.
Ea, empezad a danzar.

MAESTRO.
Sea la lición primera
Una entrada de pavana.

JULIO.
Decís lindamente; venga
una entrada de Pastrana.

MAESTRO.
Haced una reverencia,
derecho el cuerpo y airoso;
no la hagáis con ambas piernas...
(Procura Julio hacer lo que le previene el maestro).

ALEJANDRO.
¡Hay más extraña figura!

MAESTRO.
Sino con una, y garbosa.

JULIO.
Mirad, esa es más gargosa,
pero estotra es más segura.

DUQUE.
¡Invencible es su inocencia!

JULIO.
Mas ¿que nunca habéis oído
que ninguno haya caído
haciendo esta reverencia?

MAESTRO.
Dad los cinco pasos vos.

AURORA.
¡Hay hado más importuno!

CARLOS.
Empieza.

JULIO.
Adiós, y va uno.

MAESTRO.
Andad.

JULIO.
Adiós, y van dos,
tres, cuatro, cinco.

MAESTRO.
No más.

JULIO.
Parece que somos santos.

MAESTRO.
Dad hacia tras otros tantos.

JULIO.
Yo no doy pasos atrás.
Aquí vengan a embestirme
dos mil y quinientos sonos;
que sin mover los talones,
los aguardo firme a firme.
Aunque esta mudanza huera
el Gil, el Gran capitán,
Julio Cepa y Regoldán,
plantado aquí me estuviera.

CARLOS.
Deshaz esos pasos dados
con buen aire.

JULIO.
Eso sí haré.
¡Válgame Cristo! (Cae).

ALEJANDRO.
¿Qué fue?

JULIO.
Caí por mis pasos contados.

ALEJANDRO.
Levantáos.

JULIO.
No quiero, digo.

CARLOS.
Levanta, ¿has perdido el seso?

JULIO.
Si haré, al se va el maeso.

MAESTRO.
Voyme, si así os desobligo.
(Vase, y levántase Julio).

ESCENA VI.

CARLOS, JULIO, ALEJANDRO, CRIADOS; EL DUQUE Y AURORA, ocultos.

CARLOS.
Las armas pueden suplir
lo que en el danzar ha errado.
(Ap. Si Aurora me mira, he hallado
buena ocasión de lucir).

ALEJANDRO.
(Aparte)
Juzgo que Aurora me ve,
y es a mi amor de importancia;
que a vista desta ignorancia
más mérito adquiriré;
que aquestos dos, es muy cierto,
que me den lugar bastante,
el uno por ignorante,
y el otro por poco experto.

JULIO.
Venga la esgrima, por Dios,
porque desquitarme quiero.

ALEJANDRO.
Yo quiero ser el primero
que os ponga la espada a vos

en la mano, y esta dicha
para mí he de granjearla.
(Dale una espada).

JULIO.
Y ¿por dónde de tomarla?

ALEJANDRO.
Por aquí.

DUQUE.
¡Hay tan gran desdicha!

JULIO.
Empiezo en nombre de Dios,
porque la esgrima me agrada.

ALEJANDRO.
Ea, ganadme la espada.

JULIO.
Yo no me tiro con vos.

ALEJANDRO.
Porque defendido os halle,
cubrid el punto.

JULIO.
Y pregunto,
¿hacia donde tengo el punto?
Que mejor será tomalle.

ALEJANDRO.
En esto se pierde tiempo.
Perdonadme si os lo digo,
porque vos, como criado
estáis en tan rudo estilo,
casi incapaz os mostráis
de otros mayores principios.
Y el Duque, antes de saber
si erais capaz, no sé si hizo
cuerdamente en declararos
(Ap. Así le desacredito);
porque ya para enseñaros
es tarde, habiendo vivido
tantos años sin doctrina

en el inculto retiro
de una aldea, donde sólo
se ve entorpecerse el brío,
empañarse la razón
y deslucirse el juicio.
¿Queréis verlo? Pues aun Carlos,
aunque le asista el estilo
de palacio, se hallará
torpe en el noble ejercicio
de las armas, y el desaire
de los movimientos mismos
dará a entender que es inhábil
quien sin doctrina ha nacido.
Tomad la espada, y veréis (A Carlos).
si es verdad lo que yo digo.

JULIO.

Y ¿cómo que tomará?
¿Pensáis que lo habéis conmigo?

CARLOS.

(Ap. A medida del deseo
el lance se me ha venido,
porque este me enfada mucho;
y aunque desto sé poquito,
sé tirar cien varapalos
menudos como granizos,
y lo de dame y daréte
lindamente lo he aprendido).
Pues vos gustáis, yo jamás
a estas cosas me resisto.

JULIO.

Vaya sin hacer figuras
ni menear los hombrillos.
(Esgrimen Carlos y Alejandro).

ALEJANDRO.

(Aparte)
No es muy cobarde el villano.

JULIO.

Eso sí.-Dale, Carlillos.

ALEJANDRO

(Aparte)

Sin la espada me ha dejado
(Caésele la espada, y álzala Carlos).

CARLOS.

(Aparte)

La espada se le ha caído;
restituírsela quiero.

ALEJANDRO.

(Aparte)

Vive Dios, que estoy corrido.

CARLOS.

Señor Duque, perdonad.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo, necio, atrevido,
usáis tan loca osadía,
siendo un hombre tan indigno?
¡Vive Dios!...
(El Duque y Aurora salen de donde estaban ocultos).

AURORA.

Duque, ¿qué es esto?

DUQUE.

Carlos, ¿qué es esto? Decidlo.

ALEJANDRO.

(Aparte)

Y ¡aqueste desaire más
de Aurora a los ojos mismos!,

DUQUE.

Decidlo.

CARLOS.

Pues lo mandáis,
será forzoso el decirlo:
yo al Duque, como es tan diestro,
y yo aprender solicito,
le decía que me diese
(Ya conozco el error mío)
una lición, y le daba
la espada humilde y rendido
para que me alicionase;

y él, desto enojado, dijo
que ¿cómo yo me atrevía
siendo un hombre tan indigno,
a hacer tan grande osadía?
Si lo erré, perdón le pido,
y sabré de aquí adelante
que el proponer es delito
que me enseñe, cuando yo
tan desigual he nacido.

JULIO.

Señor, todo esto es mentira;
no hay que hablar, he de decirlo
Carlos le quitó la espada.

DUQUE.

(Ap. Seguir este engaño elijo,
por no avergonzar al Duque).
Callad vos, que lo que ha dicho,
Carlos será la verdad;
que en vuestro errado juicio
la razón anda turbada.
Y así, asentado el principio
de que dice verdad Carlos,
que le perdonéis os pido;
que él sin duda pensaría
que buscaros y eleiros
por maestro en la destreza
era aplauso, y no delito.

ALEJANDRO.

Basta que vos lo mandéis.

DUQUE.

Carlos, ya a los ruegos míos
el Duque os ha perdonado;
pero quedad advertido
que Alejandro no es maestro
sino de Julio, mi hijo.

ALEJANDRO.

(Aparte)

Aun más que de la verdad
me ofendo del artificio
de dar color a una ofensa,
porque es juzgarme rendido.

AURORA.

(Aparte)

¡Que sea atento y bizarro
quien tan humilde ha vivido!
Pero yo haré que mis ojos
cieguen, y el fuego que animo,
ya que no pueda apagarlo,
al menos podré encubrirlo;
y negándome a su vista,
yo misma, cruel conmigo,
le he de hacer al pundonor
De mi vida sacrificio. (Vase).

DUQUE.

Dejadme solo con Carlos.

JULIO.

¡Que no haya yo estado ahíto
en mi vida! Vó a comerme
cuarenta y dos panecillos. (Vase).

ALEJANDRO.

(Aparte)

Yo buscaré nueva causa,
y a este villano atrevido
sabré quitarle la vida,
y aun será corto castigo.
(Vase, y con él los criados).

ESCENA VII.

EL DUQUE, CARLOS.

DUQUE.

¿Carlos?

CARLOS.

¿Señor?

DUQUE.

Ya de Julio
la mucha ignorancia has visto.

CARLOS.

Yo no sé que sea ignorante
Julio; porque es muy distinto
ser ignorante, o haberse
criado sin mucho estilo.

DUQUE.

No te quiero tan cortés
cuando a su enmienda te elijo.
Yo pues, viéndote tan cuerdo,
consultarte he discurrido
el medio que elegir puedo
para que enmiende su juicio
en parte, ya que no en todo.
Casi incapaz le averiguo.

CARLOS.

Señor, pues que de mi fías
aquesto, será preciso
que yo os diga lo que siento,
sin nota de entremetido;
y así, Señor, os diré
(Ap. Albricias, intentos míos;
que esto ha venido a medida
de mis amantes delirios)
lo que siento, y los remedios
que pueden ser más activos.
A dos puntos se reduce
lo que dél he conocido;
y el primero es, que aborrece
la enseñanza, y confundido
con ella, le turba más
que le compone el juicio.
Y aquesto es desde su infancia,
tanto, que si algo ha sabido,
no a los preceptos lo debe,
sino al uso repetido
de verlo obrar a los otros;
que, aunque el arte a corregirlo
no basta, en la competencia
suele avivar el sentido.
Esto supuesto, y que yo
con la experiencia lo afirmo,
sería muy conveniente
que actos de ingenio distintos,
como son: juegos curiosos,
cortesanos silogismos,

varios concetos, problemas,
y en fin versos bien escritos,
los viera como encontrados,
y no como persuadidos.
De suerte que será bien
que en los actos que os he dicho
de ingenio concurra yo;
porque de mí competido,
si me viere encarecer,
aunque entre colores tibios,
la mucha beldad de Aurora,
el en esta parte activo,
lo enmiende, y de tanta causa
nazcan efectos más finos.
Esto es lo que me parece,
si acaso el modo es indigno,
por querer yo introducirme
en tan nobles ejercicios,
perdonadme; que este yerro
de mi obediencia ha nacido.

DUQUE.

Tú, Carlos, en nada yerras;
y así, antes determino
ajustarme a tu consejo.
Y porque tenga principio
lo que me adviertes, aquí
en este jardín florido
será palestra ingeniosa
la amenidad de su sitio.
Juegos, versos y problemas
y otros concetos distintos
oirá Julio, que despierten
sus incapaces oídos;
y a ti en todos, porque así
su destemplado juicio,
ya que no puede enseñado,
se corrija competido.
Y así, ven tú a disponerlo,
que a ti por dueño te elijo
por tu discreta cordura.

CARLOS.

Vivas, Señor, muchos siglos.
(Ap. Con esto podré decir
a Aurora el afecto mío).

DUQUE. (Ap.)
Quizá se verá su ingenio
a este maestro corrido.

CARLOS.
(Aparte)
Amor, ayuda mi intento;
que, aunque tan bajo me miro,
no sé qué impulso en el alma
me infunde alientos altivos.
(Vanse).

ESCENA VIII.

JULIO, GILA.

JULIO.
Gila escucha el ansia mía
y premia mi voluntad.

GILA.
¡Jesús, y qué humanidad!

JULIO.
Quiéreme.

GILA.
¡Qué grosería!

JULIO.
Déjate querer.

GILA.
No es cosa.

JULIO.
Despréciame.

GILA.
Quite allá.

JULIO.
Pues ¿cómo ha de ser?

GILA.

Acá
se quiere por quisi cosa.

JULIO.

Y tú ¿quién eres, que ahora
hablas cosas tan mirladas?

GILA.

Criada de las criadas
de las criadas de Aurora.

JULIO.

¿Sabes en qué he reparado
Según de una en otra vas?
Que ya con palacio has
salido del cuarto grado.

GILA.

Ya para vos están tibias
mis correspondencias mucho.

JULIO.

¿Es posible que te escucho
esas palabras esquivias?
Sobre esta espada, hasta el pomo,
me he de echar por tu desdén,
como hizo no sé quién,
que se mató no sé cómo.
Yo la saco, y con mi mano
me he de meter una vara;
no hay que habrar, hoy me matara,
aunque fuera yo mi hermano.

GILA.

Decís bien; dé a vuestra queja
la espada el fin que intentó.

JULIO.

Es vieja, y no quiero yo
matarme con una vieja.

GILA.

Mirad que salen, Señor,
Aurora, el Duque, Camila,
y todos.

JULIO.
¡Ah ingrata Gila!
Vénguerne de ti el amor.

ESCENA IX.

EL DUQUE, AURORA, ALEJANDRO, CARLOS, CAMILA.-DICHOS.

DUQUE.
En aqueste sitio ameno
divertirme solícito,
depuesta la autoridad
en las manos del cariño.
Aquí entre discretos temas,
variamente discursivos,
divertida la fatiga.
Hallará el ingenio avisos,
y Julio acompañará,
para mayor regocijo,
las ingeniosas porfías
a que agora os apercibo.
El gusto de la familia
es de las penas alivio,
donde desarma el cuidado
lo severo de sus tiros.
Carlos también, pues su ingenio
es tan capaz y advertido,
ayudará cuerdamente
a los combates festivos.

JULIO.
Y ¿no me alabáis a mí?
¿Pensáis que so algún pollino?

DUQUE. (Ap.)
¡Oh, si con la competencia
corrigiera sus delirios!

CAMILA.
(Ap. d Alejandro.)
De explicar vuestros afectos
la justa os dará motivo.

ALEJANDRO.

Yo solo a tus ojos muero.
(Ap. Y es verdad; que en otros vivo).

AURORA.
(Ap. ¡Que el Duque ayude al despeño
en que yo me precipito,
y que ponga en tanto aprieto
mis ojos y mis oídos!
Pues débame yo a mi misma
el que procure impedirlo).
Señor, escuchadme aparte.
Perdonad, que he de advertiros
que es error que consintáis
que Carlos...

DUQUE.
Ya te he entendido.
Yo gusto desto, y mi gusto
basta, Aurora, a hacelle digno;
y esto, que parece error,
tiene misterio escondido.

AURORA.
Tu gusto en mí se prefiere.
(Ap. Ya yo libré el pundonor;
agora mi ciego amor
llaga en mí lo que quisiere;
porque yo en tanto despecho,
de afectos tan repetidos
puedo excusar los oídos
mas no gobernar el pecho).

DUQUE.
Ea, usad de la licencia;
todos os podéis sentar.

JULIO.
Y ¿hemos aquí de cenar?

CARLOS.
Ley es siempre tu obediencia.
(Siéntanse todos)

DUQUE.
Pues un juego sea ingeniosa
porfía en «quien más sintió».

JULIO.

Pues en conciencia, que yo
comiera cualquiera cosa.

CARLOS.

Vaya, que el gusto acompaña;
y yo el juego compondré.

JULIO.

Por mí, vaya: mas no sé
sino a la pizpirigaña.

CARLOS.

Los cuatro elementos son
en los que el juego se fragua;
y así, tome Julio el agua.

JULIO.

Eso es darme un torozón.

CARLOS.

Torne Alejandro la tierra,
a Camila el aire entrego,
yo para mí tomo el fuego
(Ap. Pues tanto mi pecho encierra);
y así, cuando se nombrare
propiedad o fruto, atento
responda con su elemento
aquel a quien te tocare.
Pague una prenda el culpado;
y el que acierte o yerre el pie,
dentro de su afecto dé
la razón que le ha obligado
a errar o acertar. Y sea
de Ícaro el caso funesto
materia al juego. (Ap. Con esto
diré lo que amor desea)
y sea Aurora discreta
quien le juzgue, pues atentos
la adoran los elementos,
y no está a afectos sujeta.

AURORA.

Yo, aunque el juego no elegí,
me encargo de su razón.

CARLOS.

Cuidado pues y atención.

JULIO.

Mas ¿que no me coge a mí?

AURORA.

Dédalo, artífice grande,
que dio admiración al tiempo,
pues de la naturaleza
suplió el poderoso peso,
para huir de la prisión
en que Mínos le había puesto
a él y a Ícaro, su hijo,
ingeniosamente diestro,
para volar en sí mismo
halló un nunca usado medio.
Unas alas se compuso,
y gozando el privilegio
que gozan las aves...

CAMILA.

Aire.

Y la razón decir quiero
de no haber podido errarme
dentro de mi propio afecto.
Una dicha que tenía
mi fe, y lograr presumió,
la fortuna la mudó
solamente por ser mía;
y así el errar no me alcanza,
porque en aqueste desaire
diste mi esperanza al aire,
y voyme tras mi esperanza.

DUQUE.

Bien cumplió.

JULIO.

Mas ¿que no caigo
yo en quince años y medio?

DUQUE.

Prosigue el juego.

AURORA.

Prosigo

los dos, con vuelo ligero,
a la fuga se entregaron;
mas Dédalo, más atento,
iba cerca de la espuma.

JULIO.

Vino.

CARLOS.

Agua has de decir, necio.

AURORA.

Erraste; di la razón
que tuviste para el yerro.

JULIO.

No os parezca desatino,
que bien la razón se fragua;
porque si hace espuma el agua,
también hace espuma el vino.

ALEJANDRO.

Pague alguna penitencia.

AURORA.

Diga, pues ha hecho versos
Julio, algunos en castigo.

JULIO.

Lo que son versos, dirélos;
y más que vienen conmigo.
Una décima escribí
a Gila, y la traigo aquí;
ya he dicho que es de un amigo.

CARLOS.

¿El asunto?

JULIO.

(Saca un papel).

Ya le leo:

Alabando a Gila es
muchísimo.

CARLOS.
Dila, pues.

JULIO.
Es el principio: «Laus Deo».

ALEJANDRO.
Eso estaría mejor
al final.

JULIO.
Yo aquí lo encajo,
y un poquito más abajo:
«Ilustrísimo Señor»

ALEJANDRO.
¿A Gila? ¡Qué bobería!

CARLOS.
¿A Gila?

JULIO.
Pues ¿qué me quieres?
Antes para las mujeres
se hizo la cortesía.
Y luego, décima en versos:
«Gila, cierto que es hermosa;
pero mirada de cerca,
me parece un poco puerca
y otro poco lagañosa;
tacharla no puede en cosa
ninguna lengua maldita,
que ella es cortés y bonita.
Y por tarasca, a cualquiera
que le quite la montera,
ella también se la quita».

GILA.
Alabanza como suya.

JULIO.
Eterna te harán mis versos.

DUQUE.
Prosigue, Aurora.

AURORA.

Prosigo.

Ícaro, en fin, más soberbio,
despreciando los peligros
y haciendo gala del riesgo,
tan alto se remontó,
con tan altos pensamientos...

CARLOS.

Fuego.

AURORA.

Tú has errado, Carlos.

Que has respondido sin tiempo;
porque yo no he dicho nada
que le toque a tu elemento.

CARLOS.

Es verdad, y la razón
diré dentro de mi afecto.
Yo sigo con fe invencible,
como otro Ícaro nuevo,
otro sol, a quien me atrevo
con vuelo más imposible.
Escuché la vanidad
con que él se empeñaba ciego;
y así olvidado del juego,
me llevé de la verdad.

AURORA.

La pena, Carlos, debéis;
pero ahora la suspendo
hasta que se yerre otro,
y algún problema discreto
sea de los dos castigo,
reduciéndolo a argumento,
por ver quién prueba mejor
el dictamen de su pecho.
Ícaro subió tan alto
(A nuestro tema volviendo),
que casi desconocido,
pasando de extremo a extremo.
Tocó la llama... la llama...
tu has hecho segundo yerro.
Carlos pues diciendo llama,
No acudes a tu elemento;

y has incurrido dos veces
en dos errores opuestos,
por callar y por hablar.

CARLOS.

Sí; porque es tal mi tormento,
que lo yerro si lo callo,
y si lo digo lo yerro.

AURORA.

Para el problema el castigo
de tus errores reservo.
Derretidas pues las alas,
las dos distancias midiendo,
cayó donde fueron flores...
Flores...-Alejandro, vuestro
el error fue, pues las flores
de la tierra son.

ALEJANDRO.

Es cierto
que a la tierra pertenecen;
mas tiene razón mi yerro.
Yo quiero a quien merecer
no puedo por imposible,
y mi pena inaccesible
sólo sabe padecer;
y así, pues entre temores
mi esperanza doy al viento,
no es mucho que mi elemento
desconociese las flores.

JULIO.

Sino soy yo, todos son
unos muy grandes jumentos.

AURORA.

Castigo sea en los dos,
el problema que os presento.
¿cuál obliga más amando
y hace su fe más felice?
¿Aquel que su pena dice,
o aquel que pena callando?

ALEJANDRO.

Que el que calla más merece

digo en mi argumento yo.

CARLOS.

Yo, que en aquel que publicó
su amor el mérito crece.

DUQUE.

(Ap. a Aurora).

Aurora, da la sentencia
por Carlos, y su opinión
favorezca tu razón;
porque importa a una experiencia.

AURORA.

(Aparte)

El Duque mis pensamientos
los pone en nueva batalla.

ALEJANDRO.

Pruebo que obliga quien calla,
y estos son los fundamentos:
quien ama por merecer
hace el mérito menor;
que quien espera el favor
se cansa de padecer.
El que calla a nada aspira,
y está en su mal tan hallado,
que dentro de su cuidado
ni aun le halaga la mentira.
Con más vivo ardor se inflama
quien se abrasa lentamente;
que el fuego que el alma siente
se desahoga en la llama.
El que no calla procura
llevar algún interés;
que decir sus penas es
hacer del amor usura.
La fe se desacredita
en la queja desigual,
y quien llama desde el mal
salir del mal solicita.
Y en fin, yo el callar aceto;
que el que no dice su ardor
obliga con el amor
y obliga con el respeto.

CARLOS.

Quien calla y la voz limita,
sin dar su pena a entender,
en lugar de merecer,
su dolor desacredita;
porque callar su afición,
y en ella saber vencerse,
es querer un alma hacerse
más grande que su pasión.
Nada el silencio merece;
que en una pena inmortal
quien puede callar su mal
desluce lo que padece.
Su fe escrupulosa deja;
que en tormento tan airado
no está el cordel apretado
cuando un hombre no se queja.
Siempre el ruego fue el mayor
y más grato sacrificio,
y al cielo tienen propicio
un clamor y otro clamor.
Y así, el callar la verdad
al adorado sugeto,
es en favor del respeto
y en contra de la deidad.
Cuerdo está quien considera
el peligro y le repara;
que si yo me gobernara,
¿Cómo mi amor se creyera?
Y así, el hablar eligió
mi fe; que después que siento,
no hallo parte en mi tormento
que no sea mayor que yo.

ALEJANDRO.

Pues al favor empeñarse
¿No es en su amor desmentirse?

CARLOS.

No; que bien puede decirse
sin ánimo de esperarse.

ALEJANDRO.

Más si obligado se vio,
quien habla su fe desdice,

CARLOS.

Amor que me hace infelice
¿Por qué he de premiarle yo?

ALEJANDRO.

A la voz no ha de salir.

CARLOS.

Quien lo dice más obliga.

DUQUE.

Dejad que Aurora lo diga.

AURORA.

Pues al yo lo he de decir,
entre estas dos conclusiones,
aprobará mi opinión
de Alejandro la razón
y de Carlos las razones.

ALEJANDRO.

Eso es darle de ingenioso
el lauro.

AURORA.

Y a vos de atento.

ALEJANDRO.

Apuestas de entendimiento
(Levántase)
tienen fin dificultoso;
y así, pues Carlos venció
sea el laurel de su frente.

JULIO.

Carlos, Carlos, ciertamente
que me vó enfadando yo;
¿para que es tanto garlar?
¿Tan grande es su soficerencia?

DUQUE.

(Ap. a Carlos)

Carlos, ya tu competencia
le ha empezado a provocar.

CARLOS.

Sí, Señor.

DUQUE.

(A Alejandro).

En lo que es juego
no sea el enojo testigo
Alejandro, ven conmigo.

AURORA.

(Aparte)

¡Que el Duque ayude mi fuego!

DUQUE (Ap.)

¡Ah, el encontrase doctina
en este modo de obrar! (Vase).

JULIO.

Pues no me dan de cenar,
yo me voy a la cocina. (Vase).

ALEJANDRO.

(Aparte)

Nada me sucede bien. (Vase).

CARLOS.

(Aparte)

Todo alienta mi disgusto.

AURORA.

(Aparte)

¡Que aqueste precepto injusto
haga del amor desdén!
(Vanse Camila y Gila).

ESCENA X.

CARLOS, AURORA.

CARLOS.

(Deteniendo a Aurora).

¿Señora?

AURORA.

¿Qué me queréis?

CARLOS.

Esto preguntaros quiero

a solas: ¿Sois de opinión
de que un amante su afecto
Refiera al sugeto amado?

AURORA.

La opinión que a solas llevo
es, que el que dice su amor
es atrevido o es necio.

CARLOS.

Pues no tengo qué deciros.

AURORA.

Andaréis, Carlos, muy cuerdo;
porque en la verdad no valen
las consecuencias del juego.

CARLOS.

Pues voyme; que yo quería
deciros que amante muero
por vos.

AURORA.

Vuestras osadías
me ofenden. (Ap. ¡Qué mal me aliento!)

CARLOS.

Pero, pues os disgustáis,
no os lo diré ni por pienso.

AURORA.

No es gala ser atrevido.

CARLOS.

Y ¿es justo vivir muriendo?

AURORA.

Lo mejor será dejaros.

CARLOS.

Amaros no es ofenderos.

AURORA.

El amarme, no; el decirlo
es osado atrevimiento.

CARLOS.

Luego ¿bien podré adoraros
dentro acá de mi silencio?

AURORA.

Eso mal puedo estorbarlo.

CARLOS.

Mi amor no saldrá del pecho.
Y eso ¿es callarlo o decirlo?

CARLOS.

Esto es, Aurora, estar ciego.

AURORA.

Eso es, Carlos, estar loco;
y así, para loco os dejo.

CARLOS.

¡Ah, mal haya mi humildad!

AURORA.

(Aparte)
¡Ah, mal hayan mis respetos!

JORNADA TERCERA

Salón del palacio.

ESCENA I.

CARLOS, EL DUQUE.

DUQUE.

Carlos, ya has visto y notado
de Julio la poca enmienda
y que el juicio no le avivan,
las causales competencias.
El descuido y el cuidado
le turban; que su dolencia
está sin remedio alguno,
porque aumente yo mi pena.

Un mármol, no solo ardiente
del cincel da blandas señas,
pero al continuado golpe
de la más débil materia.
Sin que le asista el estudio,
sin arte labrar se deja,
y sólo en desdicha mía,
para hacer mayor mi queja,
en Julio se burlan todas
las prudentes diligencias.
Yo estoy ya tan despechado,
que mudar consejo es fuerza,
y darle Aurora a Alejandro,
por la grande conveniencia
que se le sigue a mi estado.

CARLOS.

(Aparte)

Y a mí la injusta sentencia
de muerte en su casamiento.

DUQUE.

Que, aunque es preciso que sienta
destituir a mi hijo
del estado y la grandeza,
su incapacidad es tanta,
que ya, Carlos, será fuerza
ponerlo en ejecución,
de toda el alma en ofensa.

CARLOS.

Señor... (Ap. Válgame la industria,
suspenda así mi cautela,
aunque sea un breve instante,
la muerte que el alma espera).
Digo, Señor, que hallé a Julio
hoy (no hay quien su ingenio entienda)
escribiendo para Aurora
un papel; y aunque no muestra
en él muy vivas razones,
por lo menos son atentas,
y sin aquellos delirios
que suele decir sin rienda,
que con achaque de lerle,
por ver si acaso os alegra,
se le tomé. Aquí le traigo.

(Ap. Y con tal arte dispuesta
su nota, que hace a mi amor
dividido en dos sentencias;
de su letra está, que yo
le obligué que le escribiera).

DUQUE.

Mucho me holgara de verle;
pero, pues Aurora llega,
yo mismo he de ser tercero
de mi gusto y de su enmienda.
Y de hacer, como por burla,
que de su razón infiera
que está Julio como corregido;
que en cierto modo se afrenta
mi educación y cuidado
de su ignorancia grosera.

ESCENA II.

AURORA.-DICHOS.

AURORA.

(Ap. al salir).

Aquí está el Duque con Carlos;
ya el hablarle será fuerza.

DUQUE.

Aurora, yo deseaba
hallarte para que vieras
este papel que te ha escrito
Julio; que el alma desea
tanto el verte corregido,
que mi amor contigo terciaba.
Que pues Carlos le ha apoyado,
muy dentro de la licencia
debe de estar.

CARLOS.

Sí, Señor.

DUQUE.

Pues léele, porque seas
el juez de su entendimiento;
y pluguiera a Dios que fuera

tan advertido el papel,
que te agradara de veras.
(Ap. Con que hable bien me contento).

AURORA.

Dice de aquesta manera:
(Lee). «Carlos aqueste ha de daros
»por el que triste suspira,
y siendo imposible obligaros.
»¡Ay del que cobarde os mira
»con el temor de enojaros!
»nunca obligaros espera
»un desigual padecer;
»quiero por fuerza severa;
»que, si eligiera el nacer
»mi amor, mérito tuviera».

DUQUE.

En fin, Señora, habla en él
sin aquellas rustiquezas,
y aunque no es el más agudo,
de razón da algunas señas.
Yo estoy con él muy contento;
milagro es de tu belleza,
que ella sola ha conseguido
más que el cuidado y la ciencia.
(Ap. Todo se le debe a Carlos,
y si él prosigue en la enmienda,
tendrá en mi pecho el lugar
mismo que si mi hijo fuera.
Voy a buscarle, y haré
que mis brazos le agradezcan
el corregir sus descuidos.
Y escríbale norabuena
a Aurora muchos papeles;
que, si entendimiento muestra
en ellos, abonarán
en la dicha que le espera.
Y aquella luz que ha sacado
el amor de Aurora bella,
puede ser que se reparta
y en otras cosas se encienda). (Vase).

ESCENA III.

AURORA, CARLOS.

AURORA

(Aparte)

Yo también quiero apartarme,

Y ciega el alma, no acierta.

Yo no busco a Carlos, y es

una crueldad muy fiera

que haya de ser siempre el alma

cómplice en sus propias penas.

CARLOS.

Señora, aquece papel.

si acaso me das licencia,

quiero leer esta vez;

porque el enigma que encierra

no entendisteis, y veréis

como su nota es diversa,

y en favor de otro cuidado

todo su sentido trueca.

AURORA.

Tomadle.

CARLOS.

Vos le leísteis,

Señora, de esta manera:

(Lee). «Carlos aqueste ha de daros

(Hasta el fin, según la versión anterior)

Desta manera es de Julio,

y mío es desta manera.

(Lee). «Carlos aqueste ha de daros

»por él, que triste suspira.

»Siendo imposible obligaros,

»¡Ay del que cobarde os mira

»con el temor de enojaros!

»Nunca obligaros espera

»un desigual. Padecer

»quiero por fuerza severa,

»que si eligiera el nacer,

»mi amor mérito tuviera».

AURORA.

(Aparte)

¡Que lo mismo que me agrada

sea lo mismo que me ofenda!

CARLOS.

Tomad ahora el papel.

(Ap. ¡Ay amor, si le quisiera!)

El papel, Señora, os vuelvo.

AURORA.

Ya no es de Julio, ya cesa

el precepto de mi tío.

CARLOS.

(Ap. Salióme mal la experiencia).

Ese no es inconveniente,

ahí el sentido se lleva,

que toca a Julio: leedle

siempre de aquella manera;

muy bien lo podéis tomar,

sin que el decoro lo sienta.

AURORA.

Dejadme, Carlos, por Dios;

que es inútil diligencia

el que yo tome el papel,

pues cuando por vos le lea,

aunque me parezca bien,

es ley que mal me parezca. (Vase).

CARLOS.

¡Ay amor, que ciegamente

en este golfo me empeñas,

donde las señas del puerto

son la más fuerte tormenta!

ESCENA IV.

GILA, huyendo de JULIO.-CARLOS.

JULIO.

(Dentro)

Carlos, ah Carlos, detenme,

detenme a Gila, por Dios,

que me lleva toda el alma,

y es bella como un Nerón. (Sale).

CARLOS.

¿Qué es esto? ¿Vos descompuesto?

JULIO.

Merézcate yo un favor,
mira que me estoy muriendo;
hazlo por amor de Dios;
Tenla.

CARLOS.

Ya Gila se tiene,
que es mucha su discreción.

GILA.

Hoy, más que nunca, el bestiaza
ami punto se atrevió.

CARLOS.

Julio, ¿qué es esto?

JULIO.

Es un ansia,
es una fuerza, un rigor,
es una rabia, un incendio;
y por decirlo mejor,
es un no sé qué me diga,
que siento en el corazón.
Doyla una cédula a Gila,
en que la hago donación
de casarme fijamente.
con ella, y dice que no.

CARLOS.

Gila sabe que es criada,
y que vos sois su señor,
y así no la admitirá.
(Ap. Vamos a sufrir amor
que también es contra mí
aquesta desatención). (Vase).

ESCENA V.

GILA, JULIO.

JULIO.

Gila no te he de dejar

sin que me hagas un favor.

GILA.

Eso ya pasa de extremo,
y he de decírselo hoy
al Duque para que enfrene
tan necia resolución.

JULIO.

¿Qué se me da a mí del Duque?
Yo he de abrazarte, por Dios
y pellizcarte el tozuelo,
que es blanco como un tizón.

GILA.

Reportáos, Señor.

JULIO.

No quiero.

GILA.

Esta es ya desatención,
Señor Julio, yo no entiendo
este linaje de amor.
¿Vos siempre a descomediros,
y a sufriros siempre yo?
Vos no habéis de ser mi esposo,
que así el cielo lo ordenó;
y así, eu cédula dadla
a otra dama igual a vos.
Mi honor es antes que nada,
y antes que todo soy yo,
Sufríos alla vuestras penas,
no salga al labio el dolor;
que me cogereís en tiempo
que os diga sin atención:
Cabed dentro de vos mismo,
gobernad vuestra pasión.

JULIO.

Vuélveme a decir aqueso.

GILA.

Dirélo una vez, y dos:
«Cabed dentro de vos mismo,
gobernad vuestra pasión». (Vase).

ESCENA VI.

JULIO.

Esto es malo; estas palabras
tienen sentido mayor.
¡Válgame Dios! discurremos
como gente de razón.
«¿Cabed dentro de vos mismo?»
Aquí es menester valor.
Aquesto ha sido decirme
que tan gordísimo estoy,
que ya no quepo en mí mismo,
y que parezco un lechón.
Discurremos. Mas, ¡ay Cielos!
Que gobierne la pasión
me dijo, como quien dice
que fuese administrador
de la pasión. Pues picaña,
un príncipe como yo
¿Había de administrar
un hospital? Vive Dios,
que sois una gran cochina;
y aquesta cédula, que hoy
había hecho de cesarme,
desvergonzada, con vos,
se la he de dar a quien pase
por la calle. ¡Loco estoy!

ESCENA VII.

EL DUQUE, AURORA.-JULIO.

DUQUE.

Julio da voces; ¿qué es esto?
¿De qué tu enojo nació?

JULIO.

(Mostrando un papel)
Esa pícara de Gila,
que libremente me habró.
cuando yo la había hecho
esta cédula (¡ay amor!)
de casarme yo con ella.

Mas ya arrepentido estoy,
y por no dársela a ella,
pienso dársela a un bufón
para que saque un vestido.

AURORA.
¡Quién vio simpleza mayor!

DUQUE.
Miren la enmienda que Carlos
en su entendimiento halló.
Veamos la cédula, Julio,
que cierto que ya excedió
vuestra mucha inadvertencia
los límites de mi amor.
Dice así.

JULIO.
Leed, que tiene
su poquito de primor.

DUQUE.
(Lee).
«Digo yo Julio, etcétera, que la doy
»palabra a Gila de casarme con ella,
»la mitad luego, y la otra mitad den-
»tro de un año de la fecha desta, por
»hallarme con algunos empeños, y no
»atreverme a toda la librea de una vez;
»y que esta cédula sea firme y revoca-
»ble, por haber sido hecha entre vi-
»vos. Y esta es mi última y postrimera
»voluntad, reservando en mí el derecho
»de deshacer este casamiento siempre
»que se me antoje; y yo el dicho Julio
»estuve presente cuando la escribí.
»Cristo con todos».

AURORA.
(Aparte)
Así mudará de intento
el Duque en delirios tantos.

DUQUE.
¿No trae la cédula firma?

JULIO.

No la trae por el recato.

DUQUE.

En fin, ¿que a Gila la dais
la palabra de casaros
con ella?

JULIO.

Y ¿cómo que doy?
Es linda, no hay que negarlo.
¿Qué es Aurora! cien Auroras
no la llegan al zapato;
porque tiene unos ojuelos
que se la saltan del casco,
y unos pies de doce puntos;
y si se los lava acaso,
calza cuatro puntos menos
que en costras se van y callos.
Venga la cédula.

DUQUE.

Cierto
que ya el sufrir es en vano
vuestra mucha necesidad,
y que estoy ya tan cansado...
pero a vos no hay que decir,
que en nada capaz os hallo.
Idos, que el amor de padre
de suerte le vais mudando
que me aborrezco a mí propio,
por veros tan sin reparo.
Idos, idos.

JULIO.

Ya se irán,
ya se irán. ¡Oigan el diablo!
¿Por una cédula sola
os habéis así amohinado?

DUQUE.

Idos. (Rompe la cédula).

JULIO.

¿No es buen modo haberme
la cédula hecho pedazos?

Que si vos no la rasgarais,
ya yo estuviera alquilado. (Vase).

ESCENA VIII.

AURORA, EL DUQUE.

AURORA.

(Ap. Rompa el silencio mi voz,
y agora que está irritado
con Julio, mi justa queja
le ha de encontrar más humano).
Señor, ya las experiencias
del discurso limitado
de Julio, pueden librame
de la desdicha que aguardo,
del tratado casamiento.
Y perdonadme que os hablo
En esto, que mi razón
es tanta, que ya turbado.
mi decoro, solicita
salir en quejas al labio.
Yo renuncio grandeza,
yo, Señor. no quiero estado,
que costándome la vida,
es rigor, y no agasajo.
Y aun el morir fuera dicha,
porque viviera penando
con Julio, y fuera mi vida
un tormento dilatado.
Perdonadme que así os hable;
que esto es, Señor, explicaros
mi razón; que aunque yo muera
a manos de rigor tanto,
si vos gustáis de mi vida,
libre sacrificio os hago.

DUQUE.

No, Aurora; ya yo me rindo,
y sólo de darte trato
esposo que te merezca
con repetidos aplausos.
Y así, Aurora, determino
hacer que le des la mano,
pues que nadie te merece

como es el Duque Alejandro.
El prendas iguala
la grandeza de tu estado,
y es fuerza que tu elección
no se arriesgue en este caso.
Suceda a Julio en la dicha,
ya que el cielo, por mi daño,
le quitó, con el discurso,
la ventura de tu mano.
¿Qué dices? ¿No me agradeces
mucho el haberte librado
de Julio, quizá a pesar
de mi amor y de mis años?
¿Qué te suspende?

AURORA.

Señor,
a vuestro gusto consagra
mi vida (Ap. ¡Ay amor! ¿qué quieres?
Aparta del pecho a Carlos);
Mas si he de decir verdad,
ya que a Julio no le he dado
la mano por hijo vuestro,
quisiera estimarle tanto,
que no me llamara ajena,
ya que suya no me llamo.

DUQUE.

Eso ¿cómo puede ser,
cuando mi edad y mi estado
me dan priesa al casamiento,
y nadie como Alejandro
puede, ser más digno dueño
desta dicha y deste aplauso?
Iré a disponerlo luego.
Pero él viene; de mis labios
oirá mi resolución.
(Vase Aurora).

ESCENA IX.

ALEJANDRO.-EL DUQUE.

ALEJANDRO.

Aquí está el Duque.

DUQUE.

Alejandro,
yo os habla de buscar,
por ser yo quien llegue a daros
unas nuevas, que serán
para vos de gusto extraño.

ALEJANDRO.

Si es decirme que ya se hace
el casamiento tratado
de Julio y Aurora, yo
tanto vuestro gusto aplaudo,
que aunque es contra mí, me doy
el parabién de escucharlo.

DUQUE.

Muy lejos vais de mi intento;
que antes he desconfiado
ya del remedio de Julio.
Prevenidme cortesano
las albricias que os merecen
las buenas nuevas que os traigo:
Hoy quiero haceros de Aurora
dueño, y con ella casaros.

ALEJANDRO.

Déjame, Señor, que bese
vuestros pies por favor tanto.

DUQUE.

Daréis quietud a mi edad
y nueva dicha a mi estado.

ALEJANDRO.

Señor, por tanto favor
vuelvo los pies a besaros;
pues toda el alma y la vida
con esta dicha restauro.

DUQUE.

En Ferrara se publique,
y los festivos aplausos
se igualen con mi placer;
que ya que en un hijo no hallo
capacidad a este gusto,

no mal desquite emplearlo
en vos, que sustituís
Su cariño a mi agasajo.

ALEJANDRO.

(Ap. ¡Cielos, que he de merecer
de Aurora la blanca mano!)
Voy a prevenir, Señor,
de mi esperanza alentado,
varias fiestas a mi gusto,
a mi dicha extremos varios;
y aspirando a lo imposible,
por la ventura que gano,
haré que las alegrías
se igualen con mi cuidado. (Vase).

DUQUE.

Con esto aseguraré
la quietud de mis estados.

ESCENA X.

CARLOS.-EL DUQUE.

CARLOS.

Señor, si me dais licencia,
os diré...

DUQUE.

Si es cosa, Carlos,
que toque A Julio, no es tiempo
de creeros ni escucharos,
porque en Julio no hay enmienda.
Resuelto y determinado,
he dispuesto que esta noche
Aurora le dé la mano
a Alejandro.

CARLOS.

Yo, Señor,
No quería hablaros cuando
Vine... (Ap. Sin vida respiro).
DUQUE.

Pues ¿qué queréis? Sosegaos;
que parece que la nueva

el color os ha mudado.

CARLOS.

Siento, Señor, ver que Julio,
por su ingenio limitado,
haya perdido esta dicha;
porque, como nos criamos
juntos los dos, vive en mí
el cariño de mi hermano.

DUQUE.

Y ¿qué queréis?

CARLOS.

(Ap. Muera yo,
pues nací tan desdichado).
Que dieseis, Señor, licencia
a mi padre para hablaros;
que en su semblante, y sus dudas,
y en su inquietud, ha mostrado
que es importante el negocio
que viene a comunicaros.

DUQUE.

Decid que entre.

CARLOS.

(Va hacia los bastidores).
Ya, Roberto,
el Duque licencia ha dado
para que le habéis; entrad.
Pero, si mal no me engaño,
sin duda debió de irse,
pues le busco y no le hallo.
¡Ah Roberto! -Él se volvió
por respeto o embarazo;
que yo le dejé aquí fuera.

DUQUE.

Vos debisteis de engañaros;
que estáis, Carlos, tan confuso,
que, de vos mismo apartado,
no veis lo mismo que veis.
Ea, Carlos, reportaos;
que aunque Julio hay haya perdido
la grandeza de este estado,

siempre os tendré, Carlos, yo
en mi amor y mi agasajo. (Vase).

CARLOS.

El cielo, Señor, os guarde.
Vamos a morir, agravios,
y ruego a Dios que esta vida,
que tan infelice aguardo,
deba su postrer consuelo
a las violencias de un rayo.

ESCENA XI.

AURORA.-CARLOS.

AURORA.

¿Qué es eso, Carlos? ¿Qué es eso?

CARLOS.

Señora... pero ¿qué finjo?
Esto es trastornar el viento
el imperio cristalino,
chocar contra el duro escollo
la violencia del navío,
abrasar violento un rayo
la pompa de un edificio.
Esto es desesperación,
muerte, horror; pues es lo mismo
quereros sin esperanza,
arder por vos sin alivio,
ver el bien sin alcanzarle;
y dándome el cielo esquivo
la sed para la congoja,
negarme el cristal él mismo.

AURORA.

¿Qué decís, Carlos? ¿Qué es esto?

Pues ¿vos, necio y atrevido,
a decir en mi presencia
os arrojáis?... (Ap. ¿Cómo riño
lo mismo que yo deseo?
Deseo... pero ¿qué digo?
Lo que me halaga condeno.
¡Cielos, sin duda conmigo,
sin saber quién es, pelea

oculto impulso preciso!)

CARLOS.

Pues, Señora, ¿de adoraros
me queréis hacer indigno?
Si en obedecer al cielo
yerro, en él está el delito.
¿Pudiera ofenderse el cielo,
en quién vio el día lucido,
de que en la noche desee
que el sol te amanezca a giros?
Pues si eres sol, y me veo
en la noche del olvido,
¿Qué culpa tengo en querer
que me amanezca es sol mismo?
Si no deseo yo que salga
sólo por mi beneficio,
que salga para otro solo
lloran los alientos míos.
Vos os casáis esta noche,
yo he de morir sin alivio;
pues irme quiero, Señora,
donde me mate el cuchillo
de perdersos, y no el verme
despreciado; que, aunque indigno,
no quiero morir de humilde,
pudiendo morir de fino.
Con esto adiós; y si tanto
honesto amor, por cariño,
de algún agradecimiento
es merecedor, os pido
lo dilatéis hasta tanto
que esté tan lejos de oílo,
que pueda matarme el rayo
sin susto del estallido.

AURORA.

Aguarda, Carlos, detente.

CARLOS.

Señora...

AURORA.

(Aparte)

Locos designios,
secreta razón del alma,

que no te alcanzo, y te admiro,
¿qué me quieres?

CARLOS.
¿Qué mandáis?

AURORA.
Que no os vais. (Ap. Cielos, ¿qué digo?)

CARLOS.
Pues ¿os debo algún consuelo?

AURORA.
(Aparte)
¿Qué es esto? Pues ¿yo me rindo
a una ciega fantasía,
cuya color no distingo?

CARLOS.
¿Qué decís?

AURORA.
Que yo no os mando
que os vayáis, sino que al iros,
sepáis que el verme será
volver por vuestro castigo;
y después... (Ap. ¡Qué es esto, cielos!
Mi corazón afligido,
se va saliendo del pecho
por volver a resistillo).

CARLOS.
Señora, oíd.

AURORA.
Sin mí voy. (Vase).

CARLOS.
Escucha de mis suspiros
el eco, que os va siguiendo,
Aurora, encanto divino
de mi razón.

ESCENA XII.

JULIO; luego, AURORA.-CARLOS.

JULIO.
¿Cómo? Cómo?

CARLOS.
¡Cielos, sin alma respiro!

AURORA.
(Vuelve).
Aguarda, Carlos, espera.

JULIO.
Por vida de cien obispos,
que me la pegan.

AURORA.
¡Qué veo!

JULIO.
Pues picarón, atrevido,
¿vos con mi prima, y mi prima
con vos? ¿Somos todos primos
o negros?

CARLOS.
Señor, vo agora
leal y atento, resisto
que Aurora con Alejandro
se case, cuando contigo
lograra tan justo empleo.

JULIO.
¿Y esto os cuesta tantos gritos,
picarón? Pide el goloso
por el deseoso.

CARLOS.
Indigno
es de ti ese pensamiento.

JULIO.
¿Esto es pensamiento mío,
viendo yo palabra y obra?

CARLOS.

Señor, pues en mí ¿qué has visto?

JULIO.

¿Queréis que os halle abrazados?

¿No basta haciendo pinitos?

AURORA.

¿Qué decís?

JULIO.

Y vos también.

AURORA.

¿Conmigo habláis?

JULIO.

Más bien visto

os fuera estar remendando

las calzas de vuestro tío,

y aun las mías, que no estaros

jugando aquí con Carlillos

a las ollas de Miguel.

CARLOS.

Señor...

JULIO.

Bergante, atrevido,

anda muy en hora mala.

CARLOS.

Si de mí...

JULIO.

Andad, que me irrito;

que estoy hecho una zampona.

CARLOS.

Si esto quiere un hado esquivo,

yo iré a llorar mi desdicha

donde no puedas oírlo. (Vase).

ESCENA XIII

JULIO, AURORA.

JULIO.
No me entréis mas acá dentro.

AURORA.
Tan osado y necio estilo
no me ofende, porque estáis
incapaz vos del delito.

JULIO.
Claro es que estoy sin capar.

AURORA.
Reparad que habláis conmigo.

JULIO.
Pues tire, y repararé;
¿Piensa que no tengo brío
para tenerme con ella?

AURORA.
¡Bien explica lo que digo!

JULIO.
Ella se pica, que tiene
por qué; que yo no me pico.

AURORA.
A tal desalumbramiento.
lo mejor será no oíros
tan inadvertido y necio.
(Hace que se va).

JULIO.
Ella es la que se ha vertido.
Y espere y verá...

ESCENA XIV.

EL DUQUE, DOS CRIADOS.-DICHOS.

DUQUE.
¿Qué es esto?

AURORA.

Discreción de vuestro hijo,
que de perderme el respeto
no conoce el desatino.

DUQUE.

¡Qué escucho! Necio, grosero,
¿Tú, ignorante y atrevido,
a mi sobrina el respeto
tan locamente has perdido?

JULIO.

Señor, me lleven los diabros
Si tal perdí, ni le he visto
de mis ojos.

DUQUE.

¿Cómo no?

JULIO.

Señor, míreme el bolsillo
o la manga, porque yo,
por san Bras, que no le he visto.

DUQUE.

¡Que aqueste tenga mi sangre!
¿Posible es, cielos divinos?

JULIO.

Señor, yo no tengo tal.

DUQUE.

¿Qué has dicho, necio, qué has dicho?

JULIO.

Míreme todo, si quiere.

DUQUE.

(A los criados).
Llamadme a Carlos.

JULIO.

Se ha ido.

DUQUE.

¿Carlos? ¿Adónde o por qué?

JULIO.

Pienso que va por novillos;
que yo le hallé con Aurora,
y le reñí, y se ha escurrido.

DUQUE.

¿Qué has hecho, necio? -Buscadle;
que más a Carlos estimo
por su valor, siendo humilde,
que tan sin razón a un hijo.

JULIO.

Yo tengo mucha razón;
porque él daba muchos gritos
y ella también, qué se yo.

DUQUE.

(A los criados).
Pues así el cielo lo quiso,
llamen al punto a Roberto;
que esta noche determino
dejar a Aurora casada,
y que se vuelva a aquel sitio
este necio, y no me afrente
con el nombre de mi hijo.
Quedáos a llevarle luego.

JULIO.

¿Necio yo?

DUQUE.

Y aun bruto indigno.
(Vase con Aurora).

ESCENA XV.

JULIO, DOS CRIADOS.

JULIO.

Pues digo, ¿quién es más bruto?
¿El jumento o quien lo hizo?

CRIADO.

Señor, ¿qué decís?

JULIO.

Callad
que me he de ir al punto mismo;
que me matan de hambre aquí
con natas y pajarillos,
sin darme un día unas migas,
ni probar gota de vino.
Trae recado de escribir.

(Vase el criado 1.º, y vuelve con recado de escribir).

CRIADO 2º

¿Para qué?

JULIO.

Para escribillo
a mi madre, y que me tenga
esta noche prevenido
para cenar un menudo,
con panzas y revoltillos,
y asadas dos horcas de ajos;
y verán si me desquito.

CRIADO 1.º

Aquí está la escribanía,
mas no hay bufete, veníos
a vuestro cuarto, Señor.

JULIO.

¿No hay maña para suplillo?
Ven acá vos. (Al criado 2º).

CRIADO 2º.

¿Qué mandáis?

JULIO.

Que seáis bufete. -Escribidlo
en sus espaldas ahora.

CRIADO 1º.

(Aparte)

¡Hay más extraño capricho!

CRIADO 2º.

Señor, mira que no puedo.

JULIO.

¿Cómo no escribís?

CRIADO 1º.

Ya escribo.

(Escribe el criado 1º sobre las espaldas del 2º).

JULIO.

«Madre mía».

CRIADO 1º.

Mía.

JULIO.

«Con esta
son dos las que ya os he escrito».
Decid presto, picarón.

CRIADO 1º.

Escrito.

JULIO.

«Y no he recibido
respuesta más que de una».

CRIADO 1º.

Una.

JULIO.

No escribas quedito;
escribid recio, que es sorda,
y no ha de poder oírlo.

CRIADO 1º.

Pues ¿no lo ha de leer?

JULIO.

¿Qué importa,
si no la escribís a gritos?
«Yo vó allá esta noche».

CRIADO 1º.

Noche.

JULIO.

«Y así, al punto mismo...»

CRIADO 1º.

Mismo.

JULIO.

«Responded mañana».

CRIADO 1º.

Ñana.

JULIO.

Yo tengo bravo capricho:
esto es escribir a sordos.
¿Veis cómo sois un pollino?

CRIADO 1º.

Yo haré lo que me mandáis.

CRIADO 2º.

Ya yo no puedo sufrillo.

JULIO.

¿Que alzáis la cabeza vos?
Pues ¿queréis ver lo que escribo?

CRIADO 1º.

Señor, pues ¿no lo está oyendo?

JULIO.

Si no ve lo que está escrito,
¿Qué importa que lo oiga, bestia?
Tapadlo, haced lo que os digo.
¡Miren la curiosidad
del bergantón atrevido!

ESCENA XVI.

ROBERTO.-DICHOS.

CRIADO 1º

(A Roberto).

El Duque llamaros manda.

ROBERTO.

Y yo vengo tan mortal,
que a tan gran traición presumo
que no baile castigo igual.

JULIO.
Roberto, ¿a qué habéis venido?

ROBERTO.
¡Ay de mí! Vengo a llorar
delito, que sin ser mío,
mía la pena será.

JULIO.
Hoy a la quinta me envían.

ROBERTO.
Cielos, sin duda sabrán
la causa de mi dolor.

JULIO.
Volveos al instante allá.

ROBERTO.
Pues ¿para qué he de volver?

JULIO.
Porque os tengo de enviar
una carta luego al punto
para que el caso sepáis.

ROBERTO.
Pues ¿ya no me lo diréis?

JULIO.
Pues si ya en la carta está
¿Cómo os lo he de decir?

CRIADO 1º.
Señor, advierte que van
las damas y caballeros
al salón entrando ya
a las bodas de tu prima.

ROBERTO.
Mi temor creciendo va.
Pues ¿con quién se casa Aurora?

JULIO.
Con Alejandro no más.

ROBERTO.
Sin duda el Duque ha sabido
tan atrevida maldad.

ESCENA XVII.

EL DUQUE, ALEJANDRO, AURORA, CAMILA, MÚSICOS,
ACOMPAÑAMIENTO.-

DICHOS
MÚSICA.
En blandos lazos de amor
tenga por triunfo inmortal
Alejandro con Aurora
la prisión por libertad.

AURORA.
(Aparte)
Cada paso es una flecha,
cada voz es un puñal;
¡Quién los instantes agora
pudiera en siglos trocar!

ALEJANDRO.
Aun no creo a mi fortuna.
CAMILA.
(Aparte)
Yo sí, que es muy cierto un mal.

DUQUE.
¿No es el que miro Roberto?

ROBERTO.
Señor...

DUQUE.
¿Cómo no llegáis?

ROBERTO.
Porque dudo merecer
el perdón de culpa tal;

mas el vio haber sido mía,
Señor, os mueva a piedad.

DUQUE.
Pues ¿de quién es?

ROBERTO.
De mi esposa.

DUQUE.
¿Qué decís?

ROBERTO.
Por mejorar,
Señor, de suerte a su hijo,
le trocó, sin que jamás
me diese noticia dello,
hasta que llegando un mal
a ponerla en los extremos
de la vida, por quedar
sin el cargo desta culpa,
me lo llegó a declarar.
Y yo, Señor, de temor,
viendo cometido ya
el yerro, no me atreví.

DUQUE.
Qué decís? ¿Cuándo acabáis
de declararos?

AURORA.
¡Qué escucho!

ROBERTO.
Que vuestro hijo natural
es Carlos, y Julio mío.

JULIO.
Pues hombre de Barrabás,
¿Qué has hecho? ¿No reparaste
que ellos ya no te darán
tanto por decirlo como
te diera yo por callar?

AURORA.
(Aparte)

Cielos, aún tiene remedio
la congoja de mi mal.

DUQUE.
¿Dónde está Carlos?

ROBERTO.
Señor,
desesperado iba ya
de palacio y lo te truje.

DUQUE.
Llamadle.

ESCENA XVIII

CARLOS. -DICHOS.

CARLOS.
A tu pies está.

DUQUE.
Hijo, levanta a mis brazos;
que esta noticia me dan
a tiempo que premio cella,
mas que castigo, he de dar.
Alejandro, no extrañéis
que mude tal novedad
el intento: con mi hijo
no es la competencia igual;
mas para enmendar en parte
vuestra queja, y no faltar
mi palabra, mi sobrina
Camila la mano os da.

CAMILA.
Logróse toda mi dicha.

ALEJANDRO.
No puedo el alma negar
a este favor; yo le aceto.

DUQUE.
Pues Carlos, llega a abrazar
a Aurora y dale la mano.

CARLOS.

Y el alma, que en ella está.

AURORA.

Siempre fue tuya la mía.

¡Dulce fin a tanto mal!

JULIO.

Y ¿a mí me dan una soga
para que me vaya a horcar?

DUQUE.

A Gila y dos mil ducados.

JULIO.

Con esto acabado está.

AURORA.

De Cáncer y de Moreto

Fin aquí las plumas dan

probando que en todo son

La fuerza del natural.